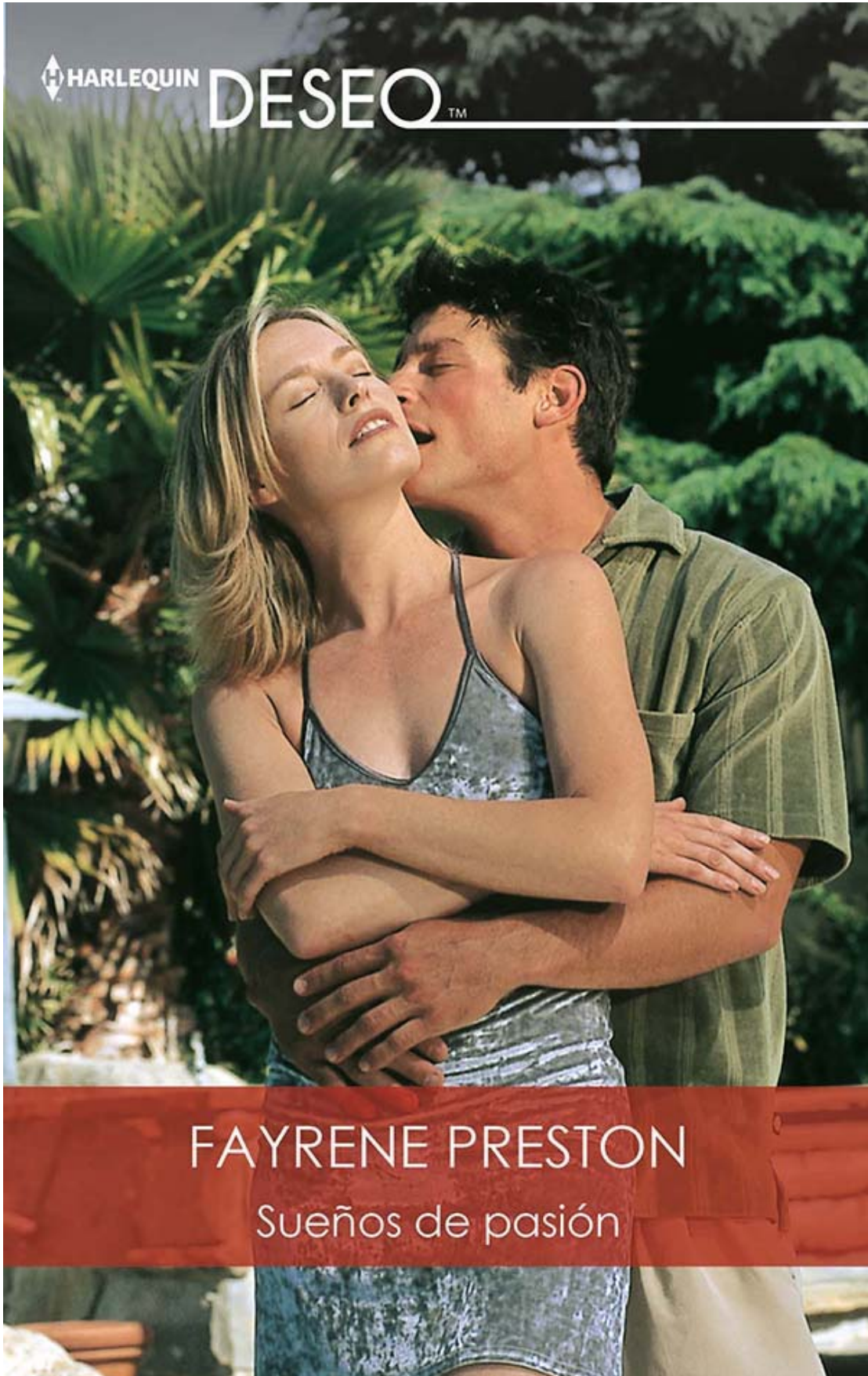




HARLEQUIN

DESEO™



FAYRENE PRESTON

Sueños de pasión

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Tess Baron supo que se había metido en un lío en el momento en que puso los ojos en aquel misterioso y sexy desconocido. ¿Por qué había aparecido Nick Trejo de repente, solicitándole un encuentro privado? ¿Y qué había en Nick que hacía que Tess anhelase estar en sus brazos...?

Nick iba en pos de descubrir la fortuna de su familia, y no iba a dejar que una guapa heredera se interpusiese en su camino... aunque se hubiese enamorado de ella.

Capítulo 1

Alto, delgado y bronceado, el hombre que estaba al fondo de la terraza no había dejado de mirarla durante los últimos quince minutos. Tess Barón intentó ignorarlo y concentrarse en sus invitados, pero le resultó literalmente imposible.

Había algo en su quietud que le llamaba la atención. Era como un rayo prisionero en una botella, una tensión eléctrica que solo sería segura mientras estuviese contenida. Y no le parecía que fuese un hombre de los que contuviesen su energía mucho tiempo.

Era su fiesta de cumpleaños. Conocía a todos los que estaban allí. A todos, excepto a «él».

Echó un vistazo a la gente, preguntándose quién lo habría llevado, pero todos estaban bailando o charlando. Nadie parecía haber llevado a un invitado y haberlo olvidado. Además, sería *imposible olvidarlo*.

Detrás de él, el sol estaba poniéndose lentamente por el Golfo de México, abrasando el agua con su gran bola naranja. Recortado contra el cuadro natural, rodeado por el sol, el hombre parecía más grande que la vida... un dios del sol.

Dejó escapar un largo suspiro, y se obligó a mirar a otra parte. Al menos todo lo demás de la fiesta iba bien.

Una brisa cálida, procedente de las aguas del Golfo acompañaba el ritmo sensual del bossa nova de la banda. Se estaban sirviendo margaritas escarchadas y largos vasos de cerveza, junto con montones de gambas gigantes y ostras frescas del día. En el jardín, el cabrito a la barbacoa daba vueltas en un asador.

Él no comía ni bebía nada, a pesar de que ella había visto a los camareros ofreciéndole bebidas.

—Feliz cumpleaños, Tess.

La voz de una antigua amiga la hizo volver a la fiesta.

—Gracias, Becca —besó en la mejilla a la joven, y abrazó a su marido, Mel Grant—. Me alegro de que hayáis venido.

Becca se rió.

—¿Bromeas? Tus fiestas de cumpleaños son demasiado divertidas para perdérselas. Además, Corpus Christi es una ciudad muy agradable.

Mel sonrió a Tess.

—Se está convirtiendo en un juego intentar adivinar dónde celebrarás tu fiesta cada año. La vez que la celebraste en Kuala Lumpur ya es legendaria. Pero el año pasado me sentí un poco decepcionado.

Ella sonrió.

—¿Ah, sí?

—¿Southfork? —él sacudió la cabeza—. No muy original, Tess, y demasiado cerca de casa.

Ella se rio.

—Lo siento, pero el lugar de mis fiestas depende de donde esté trabajando, y el año pasado estaba trabajando en casa.

—Lo sé, pero personalmente, esperaba una plataforma petrolífera en el Mar de China.

—Una plataforma petrolífera no es un lugar para celebrar una fiesta, como tú bien sabes.

Mel trabajaba para Coastal Petroleum, una de las mayores compañías petrolíferas del mundo. Él suspiró dramáticamente.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón, y este año te has ganado un diez.

—Qué alivio —dijo ella mordazmente.

—Sí. Es una casa fantástica, en la playa y con unas vistas fabulosas. Creo que has recuperado los puntos que perdiste el año pasado.

—No le hagas caso, Tess —la aconsejó Becca.

—Es demasiado divertido para no hacerle caso. Además, tiene razón. Esta casa es fantástica. La alquilé porque mi nuevo yacimiento está cerca de aquí, por allí —señaló hacia el golfo—. Y porque tiene una pista de aterrizaje de helicópteros.

Mel asintió con la cabeza.

—Por cierto, felicidades. Dicen que crees que ese yacimiento es uno de los más grandes que has descubierto hasta el momento.

Ella hizo una mueca de dolor y se llevó la mano automáticamente al estómago, donde la invadía el terror cada vez que pensaba en lo que se jugaba en ese yacimiento.

—Hazme un favor y no me felicites todavía. Soy muy supersticiosa. Los estudios iniciales fueron muy alentadores, pero al final, los dos sabemos que pueden no significar nada. No lo celebraré hasta que el pozo empiece a producir.

Becca agitó la mano despectivamente.

—Eres un sabueso en lo que respecta al petróleo. Me fío más de tu instinto que de todos esos sofisticados estudios que hacen.

Tess le dio a Becca un abrazo agradecido.

—Gracias.

Su instinto siempre había sido fundado; Becca tenía razón en eso. Pero de todas formas se jugaba tanto en esa operación que no estaba segura de que su instinto no se hubiese empañado con la necesidad de que ese pozo fuese algo grande.

—También se dice que has tenido algunos problemas —continuó Mel—. Si necesitas a alguien, no olvides que a mi compañía siempre le interesa.

Por desgracia, no era fácil guardar secretos en el mundo del petróleo.

—Ya sabes lo que pienso de mis operaciones, Mel.

—Lo sé, lo sé. Son tus niños, y los mantienes hasta que crecen y se hacen mayores.

Ella asintió con la cabeza.

—Es una tradición familiar.

Tess esperaba que la fiesta la ayudase a relajarse un poco, algo que hacía tiempo que no se permitía. Pero estaba más nerviosa que nunca. Entre la conversación bienintencionada de Mel y el «hombre»... No se había movido, seguía mirándola. Bajo su mirada, ella sentía que le ardía la piel.

—¿Oye, alguno de vosotros conoce a ese hombre de allí, el que está apoyado en la balaustrada?

Becca y Mel miraron por encima del hombro.

—No, pero si no estuviera con Mel, me encantaría conocerlo.

Mel miró ceñudo a su esposa.

—Perdona, pero no le veo la gracia.

—¿No? —con los ojos risueños, le dio la mano a su marido—. Entonces baila conmigo. Tal vez así recuerde por qué te quiero tanto.

—Eso suena a desafío, y estoy dispuesto a aceptarlo —guiñándole el ojo a Tess, llevó a su esposa a la pista de baile—. Hasta luego.

—Claro.

Tess pensó que seguramente había una explicación para la presencia de ese hombre. Algún invitado lo habría llevado. Pero entonces, ¿por qué no se lo habían presentado? Y sobre todo, ¿por qué no dejaba de mirarla?

¿Y dónde estaba Ron? Él tal vez sabría la identidad de ese hombre. Ron Hughes era un joven inteligente y competente de veintitantos años. Como secretario, era su trabajo estar al tanto de todo, y normalmente lo hacía. Pero probablemente estaba en la casa, trabajando en el despacho.

Alguien le agarró el codo ligeramente.

—¿Bailas?

Ella se sobresaltó, y se volvió.

—¡Colin! Qué bien que hayas podido venir.

—¿Lo dudabas?

Ella sonrió.

—No.

Colin Wynne, bronceado, impecable e increíblemente atractivo, era uno de los solteros más codiciados de Dallas. También era uno de sus mejores amigos, aunque nunca había sentido deseos de salir con él. Y sabía que el sentimiento era mutuo. Él le tendió la mano.

—Gracias —dijo ella—, pero ahora no. Todavía tengo que ocuparme de algunos detalles. La fiesta sólo acaba de empezar.

—Tonterías. Estoy aquí. Tú estás aquí. La fiesta ha comenzado oficialmente.

Ella sonrió. Pocas personas poseían esa confianza en sí mismos. Hacía que todo pareciera fácil, aunque era una de las personas más trabajadoras que conocía.

—¿A quién has traído esta vez?

—No he traído pareja, si te refieres a eso... solo un avión lleno de gente.

—Ah, es verdad. He oído que traías a algunos del grupo en tu nuevo jet. Gracias.

—No hay de que.

Ella se acercó más a él.

—¿Conoces al hombre que está allí al fondo de la terraza?

El miró disimuladamente sobre su hombro.

—No. ¿Quién es? ¿Se ha colado?

Ella sacudió la cabeza.

—Debe de haber venido con alguien.

—¿Quieres que vaya a comprobarlo?

—No. Lo haré yo en un minuto.

—Feliz cumpleaños, Tess.

Una voz fría les hizo volverse.

—Jill.

Tess le dio a su hermana un rápido abrazo. Si carecía de la espontaneidad y el afecto del abrazo que le había dado a Becca, nadie lo diría. Nadie excepto tal vez Hill y Colin, que las conocía bien a las dos.

Se separó enseguida de su hermana mediana y retrocedió. Jill llevaba un vestido negro corto de Armani que acentuaba la elegancia y sofisticación inherentes en ella. Hasta entonces Tess se había sentido guapa con su vestido corto de seda color marfil, de tirantes cruzados varias veces por la espalda hasta la cintura.

Pero era Jill la que había heredado la belleza y la elegancia de su madre, ni ella ni Kit. Llevaba el cabello negro recogido en un peinado del que no se escapaba ni un pelo.

Irritantemente, Tess sintió el viento agitándole los mechones de cabello rubio que habían escapado del pañuelo de seda color marfil que se había atado en la nuca.

—Llegas tarde. ¿Qué ha ocurrido? Te esperaba más temprano.

—Me han dejado en tierra, y he tenido que arreglármelas para llegar aquí —su mirada de color miel se clavó en Colin.

El levantó las manos inocentemente.

—Tenía que cumplir un horario.

—No llevabas un autobús, Colin —las palabras de Jill destilaban hielo—. Volabas en tu propio avión.

—¿Has oído alguna vez hablar de un plan de vuelo?

—Sí, por supuesto. Y sé que admiten un margen de tiempo.

Él se encogió de hombros.

—Todo el mundo estaba a bordo. No sé por qué tenían que pagar ellos las consecuencias de que tú llegases tarde.

Tess puso los ojos en blanco. Pero estaba acostumbrada a ese comportamiento de Jill y Colin. Por alguna razón, siempre que coincidían, saltaban chispas.

—Tengo una idea —dijo Tess—. ¿Por qué no vais a bailar y os veo luego?

Colin la miró, luego a Jill. Entonces le tendió la mano lentamente. Jill vaciló unos segundos, y miró a Tess.

—¿Han llegado ya el tío William y Des?

—El tío William no se encuentra bien, así que no va a venir.

La perfecta frente de Jill se frunció.

—¿Es serio?

Colin bajó la mano.

—No creo. Y ya sabes que Des nos lo diría.

Jill asintió con la cabeza.

—¿Y Des? ¿Va a venir?

La eterna pregunta que mantenía a Tess y a sus hermanas ocupadas.

—No tengo ni idea. Ya sabes que raramente nos cuenta sus planes.

—Es cierto —Jill se mordió el labio unos segundos, una costumbre que le había quedado de la infancia—. Bueno, avísame si llega Des, ¿vale?

«Claro, cuando las ranas críen pelo», pensó Tess.

Jill volvió su atención a Colin.

—¿Y bien?

—¿Y bien que, Jill?

—¿Quieres bailar o no?

Esa vez fue Colin quien vaciló.

—Tal vez luego —dijo él finalmente, y se marchó.

Tess ocultó una sonrisa. Si las miradas pudiesen matar, Colin ya estaría muerto. Jill se quedó mirándolo un rato más, luego se dio media vuelta y se fue en la otra dirección.

El Des por el que Jill se había mostrado tan interesada era el esquivo hijastro del tío Willian, un poderoso abogado. Las mujeres lo avasallaban, pero para ella y sus hermanas era mucho más que un buen partido. Cada una había heredado una sexta parte de la empresa familiar al morir su padre. Pero Des heredaría el cincuenta por ciento de esa empresa cuando muriese el tío William.

Eso colocaba a Des en el centro de sus miras. En teoría, si una de ellas se casaba con él, obtendría el control de toda la empresa, algo que todas ambicionaban. Tess lo sentía por sus hermanas, pero ella era la que iba a conseguirlo.

Sin embargo, perseguir a Des era frustrante. Aunque no era una experta en amor, le parecía que la única manera de que Des se enamorase de ella era conseguir que pasasen tiempo juntos. Y eso era algo que Des raramente le concedía. Sin embargo, no se rendía, ni sus hermanas tampoco. Las tres habían sido muy competitivas desde que nacieron, animadas por su padre, que les inculcó la importancia de ser las mejores en todo. Una de sus competiciones consistía en ser la que, al final del año fiscal, hubiese ganado más dinero para la empresa, y había pocas cosas que no harían por ganar ese honor anual. O por ganar a Des.

Pero ese año, ella, más que Kit y Jill, tenía muchísimo que demostrar.

—Baila conmigo.

Ella levantó la vista y retrocedió instintivamente. Había olvidado momentáneamente al invitado desconocido. Estaba delante de ella, alto, de anchos hombros y un poco abrumador.

Y sus ojos, como finalmente vio Tess, eran de un ámbar sorprendente.

—¿Quién eres?

—Alguien a quien le gustaría mucho bailar contigo.

Su voz retumbó en el interior de Tess, cálida y persuasiva. Sus ojos ambarinos sostuvieron su mirada. Su nombre. No sabía cómo se llamaba.

No importaba.

Él le tendió la mano, y Tess se encontró de pronto en la pista de baile, sin saber muy bien cómo había llegado allí.

Sus brazos eran fuertes mientras la estrechaba contra su duro cuerpo. Su baile era ligero, resultaba fácil seguirle, lo que permitió a Tess fijarse en otras cosas. Como en el calor de su cuerpo... capaz de derretir un iceberg.

Era un hombre definitivamente seguro de su sexualidad y no hacía nada por ocultarlo. Además, esos ojos de color ámbar poseían algo misterioso e intrigante. Y su piel estaba bronceada de un bello tono dorado que hacía pensar que pasaba mucho tiempo al aire libre. Su cabello castaño estaba cubierto de mechones claros, por el sol.

Verdaderamente podía ser un dios del sol. Si ella creyese en tales cosas.

Su instinto le gritaba que se alejase de él. Pero había un problema. No podía. Su cuerpo se había convertido de pronto en el centro del universo para ella.

Afortunadamente todavía era capaz de pensar.

—¿Estabas invitado a la fiesta?

—No.

Ninguna explicación, como si no fuese necesaria.

—¿Has venido con alguno de mis invitados?

—No.

Un escalofrío le recorrió a Tess la espalda. Él la estaba estudiando como si fuera un libro, pero sin hacerle preguntas. Eso se lo dejaba a ella.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Por ti —su voz era suave, pero intensa y con una ligera nota de extraña emoción—. Eres muy guapa, sabes. No me lo esperaba.

—¿No...?

Él sacudió lentamente la cabeza, sin dejar de mirarla.

Tess se quedó sin habla. Sentía como si la hubiese aislado del resto del mundo. Sus amigos no parecían nada alarmados de que estuviese bailando con un completo extraño que irradiaba electricidad... y peligro.

Pero claro, ellos no veían lo que ella veía, ni sentían lo que le hacía sentir a ella.

Un fuego misterioso ardía en el fondo de esos impresionantes ojos... unos ojos, estaba convencida, que podían ser un arma mortal. Con una simple mirada podía fulminar a cualquiera que se interpusiese en su camino o, a la inversa, atravesar la terraza y tocarla, haciéndole sentir su presencia en todas las partes de su cuerpo. Y eso había sido cuando estaban a metros de distancia.

Y bailar con él le producía un impacto aún mayor. Tess no sabía lo que estaba tocando la banda. Solo sabía que los dos se movían lentamente, sensualmente, y al unísono. Y extrañamente, le parecía que eso estaba bien.

El sol casi había desaparecido, dejando tras de sí débiles rayos rojos, naranjas y dorados en el horizonte. Las luces se habían encendido en la pista de baile y en los árboles, y él seguía tan poderoso y tan natural como cuando tenía el sol detrás.

—Felicidades, Tess —dijo alguien.

—Gracias —dijo ella, mirando ciegamente en dirección a la voz.

Pero enseguida volvió a mirar al hombre cuyo calor la había derretido y cuya fuerza la había moldeado contra él con facilidad. Tenía los senos presionados contra su pecho, las piernas rozándose contra el acero de sus muslos. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero la agresiva masculinidad de su cuerpo hacía impacto contra cada una de sus células, extrayéndole deseos y necesidades femeninas tan nuevas para ella que no sabía muy bien qué hacer con ellos.

—Has organizado una estupenda fiesta —murmuró él.

—Gracias. Ha sido estupendo que vinieses.

Por primera vez él sonrió... una sonrisa parcial, de complicidad, de seguridad en sí mismo. Y el efecto fue el de una descarga eléctrica que la atravesó y la dejó sin aliento.

Tess deslizó la mano con inquietud por su hombro. El fino corte de la cara tela de su traje oscuro añadía una pieza más al puzzle. Bailando con él estaba llegando a conocer su cuerpo muy bien, y podía decir que su fuerza no provenía de voluminosos músculos sino más bien de firmes músculos de un atleta natural. Otra pieza.

—¿Y sueles colarte muy a menudo en las fiestas?

—La verdad es que esta es la primera.

—¿Y lo estás pasando bien?

—Hasta ahora no puedo quejarme.

—Si me dijese tu nombre, podría ponerte en la lista de invitados para el año que viene. ¿O prefieres volver a colarte?

—Ninguna de las dos cosas. Me temo que no puedo esperar un año para volver a verte.

—¿Por qué...?

Alguien se chocó con ella por detrás. Protectoramente, él la abrazó más fuerte y la hizo girar en la otra dirección.

—Eh, hermana. Felicidades.

Tess se volvió, y suspiró para sus adentros. Debería habérselo imaginado. Solo su hermana pequeña, Kit, se chocaría deliberadamente con ella. Y solo Kit llevaría en una fiesta de etiqueta una camiseta, unos vaqueros ajustados y unas botas camperas viejas.

—Gracias.

El hombre no la soltó, pero le dejó espacio para que se volviese hacia su hermana.

—¿Va a venir Des? —preguntó Kit, sin dejar de moverse al ritmo de la música.

El cabello rojo de Kit flotaba en el aire; sus ojos verdes chispeaban. Con los brazos levantados, movía los pies y las caderas de una manera increíblemente sexy. Tess sintió cierta envidia de que Kit fuese capaz de moverse tan deshinibidamente. El acompañante de Kit era alguien a quien no conocía, pero por su atuendo de vaqueros, camisa y botas, adivinaba que sería un nuevo empleado del rancho familiar.

—No lo sé. Des no envió confirmación.

Kit se detuvo bruscamente.

—Des no sería más exasperante aunque lo intentase, y a veces sospecho que lo hace.

—Puedes estar segura.

Tess sabía que la intención de Kit al llevar a uno de los empleados a la fiesta y vestirse como lo hacía habitualmente desde que dejó de usar pañales, era abochornar a sus hermanas. Pero no se daba cuenta de que estaba mejor con sus pantalones y su camiseta que la mayoría de las mujeres de la fiesta con sus vestidos exclusivos.

Kit se metió los pulgares en los bolsillos y miró al compañero de baile de Tess con una sonrisa que puso al descubierto dos perfectos hoyuelos.

—¿Quién es tu pareja, Tess?

—No tengo la más mínima idea.

Kit levantó las cejas.

—Guay —dijo ella sinceramente, y siguió bailando.

El hombre se rió, con una risa profunda.

Apartándose de él, Tess lo miró.

—¿Hay alguna razón por la que no quieres decirme cómo te llamas?
¿Como que eres de la cúpula más alta del FBI?

—No.

—Entonces dímelo.

El se encogió de hombros.

—Es que dudo que mi nombre te diga algo.

Ella soltó el aire con impaciencia.

—¿Por qué no me dejas decidir eso a mí? Estoy cansada de este juegucito tuyo. O me lo dices o me voy.

Una lenta sonrisa iluminó su rostro, una sonrisa más poderosa que la anterior.

—Ah... una amenaza de la festejada.

Ella se negó a que le afectase su sonrisa.

—¿Me lo vas a decir o no?

—Nick Trejo. Me llamo Nick Trejo.

El nombre le resultó vagamente familiar, pero no podía localizarlo.

—Vale, tienes razón. No me dice nada.

—No pensaba que lo hiciese.

—Bien. Déjame seguir tirando del hilo. ¿Cómo te has enterado de esta fiesta?

—Me he dedicado a averiguar todo lo posible sobre ti.

Repentinamente cautelosa, se quedó mirándolo, preguntándose si así podría obtener alguna información de él. Pero no. Él no dejaba traslucir nada, ni por su expresión, ni por sus palabras.

—No te preocupes. No soy un espía.

—¿No? Entonces, Nick Trejo, creo que ya es hora de que me digas lo que quieres.

—Eso es fácil —dijo él, atrayéndola hacia sí mientras la miraba fijamente con sus ojos ambarinos—. Quiero paz en la tierra, comida y abrigo para todo ser viviente, pero en este momento me conformo con bailar contigo, —su voz se volvió áspera—. Me gusta sentirte contra mí. Te ajustas a mí.

En un minuto la tenía mirándolo con recelo, y al minuto siguiente derritiéndose con su calor. Y no podía protestar porque desde el principio su cuerpo se había amoldado involuntariamente al de él y ella no había podido evitarlo.

Se acabó una canción. Empezó otra. Una música íntima que se mezclaba con las fragancias de la noche seductoramente. Pero todo palidecía comparado con él.

—¿Te he dicho que estás muy guapa?

Tess no recordaba si se lo había dicho o no. De hecho, no recordaba nada. Era como si él se hubiese apoderado de ella, en cuerpo, mente y alma. No estaba acostumbrada a que la llamasen guapa, ni pensaba que lo fuera. No, teniendo a Jill por hermana.

Bruscamente, se soltó de sus brazos.

—Necesito beber algo.

—Es tu fiesta —dijo él suavemente—. Imagino que puedes tomar lo que quieras.

—Tienes razón.

Consciente de que la seguía, Tess se abrió paso entre sus amigos con una sonrisa pegada al rostro, pero apenas prestando atención a sus comentarios.

—Un trago de whisky con una cerveza, por favor —le dijo al camarero en cuanto llegó al bar, y miró a Nick—. ¿Qué te apetece?

—Ya que no soy un invitado oficial, no debería abusar.

Ella soltó una carcajada.

—¿Más de lo que ya has hecho, quieres decir? Por favor. Ya te has colado en la fiesta. ¿Qué es una bebida? —miró al camarero—. Póngale lo mismo, por favor.

Nick sacudió la cabeza al camarero, y volvió a mirarla.

—Detesto tener que decírtelo, Tess, pero todavía no he empezado a abusar.

Jill llegó al bar.

—Una margarita, por favor. ¿Tess, has sabido algo de Des?

—No.

Después de intentar mantener su equilibrio mental con Nick, no le quedaba paciencia para Jill y su preocupación por Des.

—Vale —Jill lanzó una calculadora mirada a Nick, y luego a su hermana—. Intentaré localizarlo por teléfono.

—Bien. Haz eso. Y no te olvides mencionarle cuánto le he echado de menos esta noche.

Sabía que su hermana ignoraría su petición, pero lo hizo para irritarla.

Por primera vez en lo que le parecían horas, se obligó a apartar su atención de Nick. La fiesta estaba muy animada, pero observó varias miradas furtivas de algunos de sus amigos más íntimos. Nunca la habían visto dejarse monopolizar por un hombre.

El camarero le puso las bebidas que había pedido, y ella dio un trago de whisky.

—De acuerdo, Nick, lo admito. Me tienes totalmente perpleja. ¿Por qué demonios quieres verme y por qué aquí? Si es por un asunto de trabajo, como me imagino, ¿por qué no has llamado a mi oficina?

—Apartémonos del bar —murmuró Nick, tomándola del codo.

Cuando llegaron a una zona menos concurrida de la terraza, donde una profusión de jazmines impregnaba el aire de una dulce fragancia, Nick se volvió hacia ella.

—Llevo semanas intentando concertar una cita contigo, Tess, y ha sido imposible.

—¿Con quién has hablado?

—Con tu secretario, Ron Hughes. He hablado con él casi a diario, pero ha insistido en que no tenías tiempo de verme.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, es cierto. Tengo una agenda muy apretada, y más últimamente, con los detalles de mi última operación —dijo ella cada vez

con más curiosidad—. Pero por lo que veo Ron no ha podido impedir que me veas.

—Habría sido difícil que nadie lo hiciera.

Tess sólo podía mirarlo. Si había estado increíble con el sol, con la luna estaba impresionante. La luz plateada iluminaba su cabello de mechones rubios y acariciaba su piel bronceada, atenuándola, pero sus ojos ambarinos conservaban su intensidad.

—¿Qué es tan importante para ti? ¿De qué le dijiste a Ron que querías hablar conmigo?

Con la mirada serena y el tono seguro él dijo:

—Quería pedirte que detuvieses la excavación cuanto antes.

Ella no pudo evitarlo... se rió.

—No me extraña que rechazara tus llamadas. Eso es absurdo.

Un músculo se agitó en la mejilla de Nick.

—Para la mayoría de la gente, puede ser. Pero tú y yo no somos la mayoría de la gente, y todavía no has oído mis razones.

—No me importan las razones que tengas. No pararé de ninguna manera.

Entonces él la sorprendió. Con otra de sus ligeras sonrisas, le rodeó el cuello con los dedos y le acarició la piel con el pulgar de una manera que desbarató todos los pensamientos de Tess.

—Eres una mujer muy ambiciosa, Tess Barón, pero creo que puedo hacerte cambiar de opinión.

—Estás loco —susurró ella, sintiendo que el calor de sus caricias le llegaba a los pulmones.

—Tal vez, pero al menos dame la oportunidad de explicarte mis razones.

—No... no puedo. La fiesta...

—No esta noche. Mañana. Quedaremos a desayunar, donde digas y cuando digas.

Por lo poco que le conocía, Tess sabía que no conseguiría nada diciéndole que no. Le había demostrado que estaba decidido a darle una explicación como fuera. Además, sentía una fastidiosa excitación ante la idea de volver a verlo.

—De acuerdo. Mañana por la mañana para desayunar. Aquí a las nueve.

—Bien —dijo él suavemente, sin dejar de acariciarle el cuello con sus largos dedos—. Muy bien.

Entonces inclinó la cabeza y la besó, lentamente, como si tuviese todo el tiempo del mundo, y devorando su sabor como si quisiera apoderarse de él para llevárselo consigo. Cuando él levantó la cabeza, ella tuvo que apoyarse en la balaustrada para no caerse.

—Hasta mañana por la mañana.

Tess solo pudo asentir con la cabeza y observar cómo desaparecía en la noche.

Gradualmente y con gran esfuerzo recobró la compostura. Una vez que su respiración y su pulso volvieron a la normalidad, regresó al bar y terminó el whisky de un trago. Dejando la cerveza, pidió una margarita gigante y, sujetándola con firmeza, se reincorporó a la fiesta.

Sobre las cuatro de la mañana, cuando el último de los invitados se hubo marchado o retirado a sus habitaciones, y ella había tomado más margaritas de las que debía, se metió en la cama. Y no pudo evitar preguntarse lo que pasaría cinco horas después cuando volviese a ver a Nick Trejo.

¿Por qué estaba tan seguro de que podía convencerla de dejar de perforar? Estaba equivocado. Para ella no había nada más importante que encontrar el petróleo lo antes posible. Y no permitiría que nadie ni nada la detuviera.

Ni siquiera un dios del sol cuyo beso contenía fuego.

Capítulo 2

Tess salió dando tumbos a la terraza con un bote de aspirinas en una mano y las gafas de sol en la otra. En cuanto la luz del sol le dio en los ojos, gimió y se puso las gafas con cuidado.

—¿Café, señora? —preguntó Guadalupe.

Guadalupe era una de las cuatro personas que trabajaban en la casa, y cuyo salario estaba incluido en el alquiler.

—Sí, por favor —susurró Tess.

Agradecida se desplomó en una silla delante de la mesa donde ya estaba servido el desayuno. Dio un abrasador trago de café para pasar cuatro aspirinas, y se recostó en el respaldo. Malditas gaviotas. ¿Sonaban tan endiabladamente alto todas las mañanas?

—¿Desea algo más, señora?

Tess casi dio un salto. Se le había olvidado la presencia de Guadalupe. Cautelosamente echó un vistazo a la mesa. Zumo de naranja, fruta, salchichas, huevos y un surtido de panecillos, mermeladas y bollos... suficiente para alimentar a una tropa.

—Nada más por ahora, gracias.

La verdad era que su consumo de alcohol siempre se había limitado a alguna cerveza o un vaso de vino ocasional. Incluso en la universidad, cuando la mayoría de sus compañeros celebraban su libertad con copiosas cantidades de bebida, ella había dedicado el tiempo a saciar su apetito por aprender el negocio del petróleo. Para ella lo más importante siempre había sido triunfar. Estaba convencida de que podría superar esa resaca igual que superaba siempre todos los obstáculos... con determinación. Si se quedaba muy quieta...

Tess. Nick se detuvo al pie de las escaleras que subían a la terraza. Ella ya estaba en la mesa, aunque no parecía que hubiese comido nada todavía. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, con el cabello rubio suelto moviéndose ligeramente con la brisa. El sencillo vestido azul le llegaba a la altura de los muslos. El sol de la mañana doraba la piel de sus piernas y brazos.

¿Cómo iba a concentrarse en los negocios, estando ella así?

Ése había sido el problema que había tenido la noche anterior. Por su investigación, creía que estaba preparado para ella. Pero en cuanto la había visto, se había dado cuenta de que no lo estaba en absoluto.

No sabía que con solo mirarla se iba a quedar paralizado. No sabía que cuando la tomase en sus brazos iba a sentir un fuerte golpe en el estómago y, más abajo, una excitación que le hacía desearla hasta el punto del dolor.

Aunque no debería haber jugado con ella. Debería haberle dicho enseguida quién era y lo que quería.

Pero... sus ojos azules habían brillado con una curiosidad tan encantadora mientras discutía con él que no había podido resistirse. Y mientras bailaban, se movía con una fluidez tan seductora e inconsciente que la hizo desearla con una fuerza que no había podido ignorar.

Y sus labios... suaves y tiernos. Le estaban pidiendo que los probase. Miel. Le habían sabido a miel y a whisky... poderosos e inolvidables. Aunque no debería haberla besado, porque con un beso, no había tenido bastante.

Pero tenía que serlo.

Lo que deseaba de ella era demasiado importante para él. Pasase lo que pasase esa mañana, no tenía que olvidar eso.

Subió las escaleras de la terraza.

—Buenos días.

Ella se sobresaltó al oír la voz profunda y masculina. Lentamente se levantó las gafas de sol sobre la cabeza y miró con los ojos entrecerrados a Nick Trejo. La luz del sol irradiaba a su alrededor como una aureola. Volvió a taparse los ojos con las gafas.

Debería haberlo pensado mejor antes de quedar con él tan temprano, y al aire libre. El sol era más intenso cuando estaba él.

—Buenos días —se irguió—. Siéntate.

Él le sonrió, y ella cerró los ojos. Había planeado estar más presentable, pero apenas había acertado a ponerse un vestido de algodón y unas sandalias. Y su pelo... Normalmente lo llevaba recogido, pero con la cabeza a punto de estallarle apenas había podido cepillárselo.

Abrió los ojos y observó a Nick sentándose enfrente de ella.

—Sírrete lo que quieras.

—Solo tomaré café —dijo él, sirviéndose una taza y mirando luego la terraza y el jardín.

—Debes de tener un excelente personal de limpieza. Si no hubiese estado aquí anoche, no diría que había habido una fiesta.

—¿En serio?

Ella no se molestó en seguirle la mirada. Le habría dolido la cabeza. Como la noche anterior, Nick acaparaba toda su atención. Iba vestido en plan informal con vaqueros, botas y una camisa beis con el cuello abierto debajo de una chaqueta marrón clara de sport. Y sus ojos ambarinos estaban incluso más vividos en su rostro bronceado que la noche anterior.

El la observó unos momentos.

—Deduzco que la fiesta acabó bastante tarde.

—Debo de tener peor aspecto del que creía —murmuró ella, observando cómo se curvaban los labios de Nick en una media sonrisa.

Era gracioso. Ella pensaba que su sonrisa y sus labios la afectarían menos esa mañana.

Pero...

—La verdad es que estás muy guapa. Y me gustas con el pelo suelto.

... la afectaban más.

El rubor invadió su cara y, cohibida, se llevó la mano al pelo. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo bajó la mano.

—Gracias —cuanto antes acabase con aquello, mejor—. ¿Estás seguro de que no quieres nada más que café?

—Ya he desayunado. Es lo único que quiero.

—De acuerdo —ella miró su reloj, aunque no podía ver bien los números—. Tienes quince minutos antes de que el mundo se entere de que estoy despierta y empiecen a llamarme, o que los invitados bajen a desayunar.

—Me doy cuenta de que eres una mujer muy importante, y créeme, te agradezco mucho que hayas podido hacerme un hueco en tu apretada agenda.

La expresión de su cara era honesta, pero un brillo en sus ojos advirtió a Tess de que se estaba burlando de ella. En otro momento le habría dicho algo, pero esa mañana no podía.

Él se recostó en la silla y fijó su intensa mirada ambarina en ella.

—Hay dos cosas que debes saber de mí. Una, soy profesor de Arqueología de la Universidad de Texas, aunque este año me lo he tomado sabático.

—¿Arqueología?

Tess pensó que era una buena tapadera para un dios del sol.

—La otra cosa que debes saber es que en el 88 mi bisabuelo descubrió una veta de oro en las montañas de Sierra Madre, al Norte de México. Fue un hallazgo enorme. Sacó una fortuna de esas montañas y tenía grandes sueños para ese oro —la voz de Nick era fuerte, y no apartó la mirada de ella en ningún momento—. Lo transformó en lingotes y lo cargó en un barco, el Águila, en el puerto de Tampico. El destino del barco era este — con el dedo índice señaló la mesa, indicando Corpus Christi—. Su plan era comprar una gran cantidad de tierra, construir un rancho y fundar un imperio.

La aspirina parecía estar haciéndole efecto. El dolor de cabeza había disminuido ligeramente. Tess tomó un panecillo y probó a dar un bocado, pasándolo con un trago de café.

—Eso es muy interesante, ¿pero qué tiene que ver la historia de tu familia conmigo y con mi actual yacimiento?

—Escucha. Por favor.

Se lo pidió con una sinceridad de la que ella no le creía capaz. Y en ese momento supo que se quedaría ahí sentada escuchando hasta que acabase su historia.

—De acuerdo.

—El Águila casi había alcanzado su destino cuando se encontró con un huracán, que lo hundió.

Ella se frotó la dolorida frente y se preguntó cuánto duraba una resaca.

—Qué pena, después de tanto esfuerzo.

—La pérdida del oro le hundió en una depresión, pero consiguió volver a la mina y extraer algo más de oro para comprarse un pequeño rancho en Uvalde, aquí en Texas y criar ganado hasta que murió.

—Debió de ser muy duro para él —dijo ella, por decir algo.

Nick era un hombre muy persuasivo y su historia era conmovedora, pero ella tenía muchos problemas que resolver en su despacho.

Nick la miró pensativamente.

—No creo que puedas imaginarte lo duro que fue para él, ni siquiera yo puedo. Solo sé que era un nombre que tenía mucho orgullo, y se sintió humillado por su fracaso. Para recuperar su autoestima contaba incesantemente la historia a sus vecinos, pero nadie le creyó. Murió con el corazón destrozado.

A través de las ventanas de la casa, Tess vio que Ron ya estaba contestando llamadas, pero se había comprometido a escuchar a Nick y eso era lo que iba a hacer.

—Tu familia tiene una historia muy interesante.

—Historia, sí. Una historia que ha pasado de generación en generación. Yo crecí con esa historia. Mi abuelo heredó el recibo del cargamento del oro que había sido embarcado en ese barco.

—¿Tu bisabuelo tenía el recibo? ¿Y por qué no se lo enseñó a sus vecinos?

—Lo hizo, y creyeron que era una falsificación. Pero su hijo, mi abuelo, no pensó que lo fuera, ni yo tampoco.

Por encima del hombro de Nick, Tess vio a Ron contestando a otra llamada de teléfono, y rogó para que no fuese Jimmy Vega, el supervisor que había contratado para la operación.

—Insisto, Nick, en que es muy interesante, pero...

—He encontrado el barco hundido y el oro.

Ron salió a la terraza con el teléfono inalámbrico, diciéndole con los labios que era Jimmy Vega. Pero ella le hizo un gesto con la mano para que se fuera. Él puso cara de sorpresa, pero volvió a la casa.

—Perdona, Nick. ¿Qué me decías?

—Te decía que he encontrado el oro y estoy listo para empezar a sacarlo.

—Pues, felicidades.

—Todavía no. Tengo un serio problema.

Ella suspiró.

—Mira, Nick, yo también tengo muchos problemas. He escuchado tu historia, como te dije que haría, pero ahora tengo que volver al trabajo.

—No he terminado.

—Lo siento, pero sí. Al menos conmigo.

Tess empezó a levantarse.

—El Águila y el oro no están lejos de dónde estás perforando, por eso estoy aquí.

Ella se detuvo.

—Está asentado sobre una sima. Estás perforando en una zona de grandes presiones. El Águila podría resbalar por la cresta y caer al abismo, donde se perdería para siempre.

Ella solo pudo decir una cosa.

—Tienes razón.

Él asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho de que ella entendiese.

—Necesito tiempo para apuntalar el barco, por lo que pueda suceder.

Ella se frotó la dolorida frente, intentando concentrarse.

—No sé como vas a poder hacerlo.

—Será difícil, pero puedo intentarlo. Por eso estoy aquí, para pedirte que dejes de perforar al menos durante tres meses.

—¿Al menos? —si no hubiese estado sentada, se habría caído—. Nick, es imposible que pare ni siquiera una semana.

Él se puso tenso.

—¿Qué ocurre, señorita Barón? ¿Todavía no eres lo bastante rica?

La pregunta la golpeó como una bofetada.

—No, la verdad es que no, señor Trejo.

Nick no se movió, ni un músculo, ni una pestaña.

—Qué raro, no me parecías una codiciosa.

—¿Honestamente crees que tienes derecho a llamarme codiciosa? Me estás pidiendo que detenga una operación millonaria para que tú puedas rescatar un oro que vale millones.

Unos fríos ojos ambarinos la miraron.

Ron volvió a salir con el teléfono en la mano y una expresión de ansiedad en la cara.

—Vega insiste en hablar contigo.

Ella tomó el teléfono justo cuando Nick se levantaba.

—Un momento, Jimmy —cubrió el teléfono con la mano y miró a Nick.

—No te robaré más tiempo esta mañana —él miró su reloj—. Te recogeré esta tarde a las siete.

—¿Perdona?

Él ya se alejaba.

—A las siete —gritó antes de desaparecer de la terraza.

¿A las siete? ¿Era una cita? Le costaba imaginar a Nick haciendo algo tan mundano. Seguramente quería más tiempo para intentar convencerla, pero nada la obligaba a ir. Sin embargo...

—¿Tess? ¿Tess?

Ella miró el teléfono, y se lo puso en el oído.

—Perdona, Jimmy. ¿Qué ocurre ahora?

Nick salió a la carretera que le llevaría a la pequeña casa que había alquilado. Tess Barón era tan lista y tozuda como había imaginado. Sabía que no iba a ser fácil. Lo que le pedía requería un enorme sacrificio por su parte.

Apretó el volante. Demonios. ¿Por qué no había dejado las manos quietas la noche anterior? Habría facilitado las cosas. Los sentimientos personales se mezclaban, en cada palabra, en cada gesto. ¿Cómo si no podía explicar esa necesidad de levantarse de la mesa y estrecharla entre sus brazos durante un largo e intenso beso, a pesar del hecho de que ella le había dicho que no?

Suspiró profundamente. Iba a tener que controlar esa acuciante necesidad. E iba a tener que presentarle lo que le pedía de una manera completamente diferente. En realidad, iba a tener que tenderle una trampa.

Solo disponía de nueve horas para preparar las cosas, y no había margen de error. Después de esa tarde, no tendría otra oportunidad de hacerle cambiar de opinión.

Giró bruscamente y tomó una dirección diferente.

Las siete menos cuarto. Se suponía que Nick llegaría en quince minutos y Tess no tenía ni idea de a dónde planeaba llevarla, ni por qué. Lo único que sabía era que quería ir. Sin embargo, no lo haría a menos que le dijese que se trataba de una salida amistosa, no de negocios.

Había elegido un atuendo apropiado para una cita. De punto rojo, sin mangas, con un jersey de cachemira a juego atado informalmente al cuello.

Las sandalias de tacón medio también eran rojas. Y se había recogido el pelo en un moño francés suelto.

Según había ido avanzado el día, el dolor de cabeza había disminuido y el estómago se le había calmado. Los invitados se habían marchado, y la casa estaba tranquila.

Volvió a mirar su reloj y notó que el corazón le latía más fuerte según se acercaba la llegada de Nick. Respiró hondo el aire del mar e intentó calmarse. Al día siguiente tenía que volar a la plataforma para una inspección. Pero esa noche, bueno, ya vería.

—Estás preciosa.

Ella se volvió, y allí estaba, todo oscuridad y resplandor, recortado contra el sol. El corazón se le aceleró.

—Gracias. Como no sabía dónde íbamos, no sabía qué ponerme.

Dios, parecía una colegiala en su primera cita.

Él la recorrió de arriba abajo con la mirada y sus labios se curvaron.

—Has elegido perfectamente.

—¿Entonces a dónde vamos?

Él le tendió la mano, y sin poder evitarlo, Tess se la dio. Entonces se detuvo bruscamente, y retiró la mano.

—No me gustan los acertijos, Nick. Eso ya lo hicimos anoche. ¿Qué es esto? ¿Va a ser una salida amistosa? ¿O vas a seguir intentando convencerme de que acepte tu petición? Porque en ese caso, quiero que sepas que no funcionará, y francamente, no quiero pasarme la noche discutiendo contigo sobre ello.

Él se quedó mirándola un momento. Sorprendentemente su mirada no la abrasaba como la noche anterior, sino que la acariciaba.

—Has dejado tu postura suficientemente clara —dijo él con suavidad—. Y en cuanto a sí es o no una salida amistosa, espero que sí.

Estaba diciendo las palabras apropiadas, pero ella no estaba segura de creerle. Pero hacía años que no tenía una verdadera cita, y Nick Trejo era el hombre más intrigante que había conocido. Y su mirada y su contacto despertaban en ella emociones que le recordaban que era una mujer con deseos y anhelos normales. Estando con él se olvidaba, solo por un momento, de las presiones de su vida.

Con una sonrisa, Tess le dio la mano.

—¿El aeropuerto? ¿Nick, qué hacemos en el aeropuerto?

Mientras él dirigía el coche hacia uno de los hangares, la miró.

—Le he pedido prestado el avión a un amigo para llevarte a cenar.

El pánico se le atoró a Tess en la garganta, aunque sin razón aparente.

—Mira, es muy amable por tu parte que te hayas tomado tantas molestias, pero no es necesario.

—Quería hacerlo.

Ella sacudió la cabeza, controlando el misterioso pánico.

—He tenido un día muy duro, y preferiría quedarme en la ciudad.

Él aparcó el coche y apagó el motor. Girándose hacia ella, puso el brazo en el respaldo de su asiento.

—Esto no va a requerir ningún esfuerzo por tu parte, Tess. Te lo prometo. Todo lo que tienes que hacer es sentarte a mi lado y relajarte. Soy un excelente piloto.

—No es eso.

Ella se frotó la frente. No le dolía, pero sentía una creciente tensión. Y Nick era la causa. Su instinto le decía que no bajase la guardia. ¿Pero por qué?

—Por favor, Tess. Esto es importante para mí, y ya lo he arreglado todo.

Demonios, había dicho por favor otra vez. Además ella quería salir esa noche con él. Probablemente sería la única. Sus intereses eran diametralmente opuestos. No había futuro para ellos. Pero esa noche Tess deseaba olvidar sus diferencias y encontrar similitudes.

—¿Tess?

Ella asintió con la cabeza.

—Vamos.

Minutos después, Tess se abrochaba el cinturón en el asiento del pasajero, junto a él. Y cuando despegaron no pudo evitar fijarse en que estaban volando directamente hacia el sol.

Capítulo 3

—¿Uvalde? ¿Ese restaurante que te gusta tanto está en Uvalde, Texas?

El avión planeó hasta detenerse. Solo entonces Nick la miró.

—Confía en mí. Te va a encantar la cena.

Ella se encogió de hombros mentalmente. Habían mantenido una conversación trivial la mayor parte del viaje, y había disfrutado del vuelo. Pero en cuanto aterrizaron, volvió su inquietud inicial.

Al bajar por las escalerillas del avión, él le ofreció la mano. Un gesto innecesario, pero encantador, y una vez que llegó al suelo, él no se la soltó.

—Espero que te guste lo que he planeado.

Su expresión repentinamente sería la desconcertó.

—Estoy segura de que sí.

—Bien.

La miró como si buscara algo en ella, pero finalmente sacudió la cabeza.

—¿Nick? ¿Ocurre algo?

—Nada —tiró ligeramente de la mano de Tess—. Vamos, el coche está a la vuelta de la esquina.

Se trataba de un Cadillac de 975, impecablemente conservado.

—¿Es un coche de alquiler? —preguntó ella.

—No. Es de mi familia.

—¿Tu familia?

—De mis abuelos.

—Ah. ¿Entonces ellos viven en Uvalde?

—Exacto.

Todo empezaba a cobrar sentido.

—Me preguntaba por qué un restaurante de Uvalde era tan especial para ti. Has crecido aquí, ¿verdad? —él sonrió de una manera que a Tess le

dio un vuelco el corazón, y le devolvió la sonrisa—. Déjame adivinar. En ese sitio sirven estupenda comida Tex Mex, ¿no?

—A veces, pero no esta noche. Espero que no estés desilusionada.

Ella sacudió la cabeza.

—Puedo hartarme de Tex Mex en Corpus.

—Bien.

Su sonrisa la reconfortó por dentro y por fuera, y Tess se dio cuenta de que habían desaparecido sus recelos. Por primera vez desde que lo había visto en la terraza se sentía completamente a gusto con él.

Nick salió a una carretera y pisó a fondo el acelerador. Dada su especial afinidad con el sol, a Tess no le sorprendió que siguiesen dirigiéndose hacia el Oeste. Aunque el sol ya había desaparecido, dejando tras de sí una estela de rojos y naranjas apagados en el horizonte.

—¿Dijiste que eras profesor de universidad?

—Exacto.

—¿Entonces vives en Austin?

—Sí. ¿Conoces Austin?

—Estudié allí. Fue un requerimiento para mí y mis hermanas.

—¿Requerimiento?

Ella sonrió irónicamente.

—Oh, sí. Tenía que ser la Universidad de Texas o ninguna.

—Parece que tu padre era de ideas fijas.

—Es una manera de decirlo.

Dictatorial era otra.

—Bueno, nadie puede cometer un error por ir allí. ¿En qué te licenciaste?

—En Ingeniería del Petróleo —lástima que nunca tuviese un profesor como Nick—. Austin es una gran ciudad.

—También es un lugar maravilloso para vivir y relativamente tranquilo.

—No como Dallas, ¿eh? —dijo ella con cierta nostalgia.

Él giró la cabeza.

—¿No te gusta vivir en Dallas?

—Oh, me encanta. Allí siempre pasa algo, y es una base estupenda para las negociaciones internacionales.

—Hoy en día, con los faxes y modems, imagino que podrías trabajar en cualquier parte y seguir manteniendo contactos internacionales sin problemas.

—No estoy tan segura. Para el tipo de negocio al que me dedico, es imprescindible tener un aeropuerto internacional cerca, y Dallas lo tiene.

Él salió de la carretera principal y tomó otra comarcal.

—DFW está muy cerca de Austin.

—Aja.

La promoción que él estaba haciendo de Austin era muy interesante, pero a ella no le interesaba. Su casa estaba en Dallas porque su padre y su tío habían decidido que allí estuviesen las oficinas de Barón International. Y en cuanto se graduó, a los veinte años, se había metido de cabeza en el tecnológico y estresante mundo del petróleo. Le encantaba. Y lo hacía muy bien.

Pero la habilidad de su padre para influir en su vida desde la tumba, le había quitado la diversión a su trabajo, y había acelerado su estrés.

Repentinamente miró por la ventana, y luego a Nick.

—¿La ciudad no está por allí? —ella señaló hacia el Este.

Él levantó un poco el pie del acelerador.

—Sí, pero nuestra cena está por aquí.

—Ah —Tess volvió a mirar a su alrededor—. Pero esto es todo campo. Aquí no hay nada.

—No exactamente —Nick torció a la izquierda por un camino de tierra—. Casi hemos llegado.

Ella se recostó en el asiento mientras observaba el camino bordeado por una valla a cada lado tras la que crecían verdes pastos. Hasta que apareció una casa perfilada en el cielo del anochecer.

La casa tenía dos plantas, con molduras en el porche. La pintura de color crema de la madera estaba estropeada. Dos chimeneas, una en cada extremo de la casa, sobresalían del tejado de piedra. Parecía abandonada.

—¿Aquí es donde vamos a cenar?

—Sí.

Nick detuvo el coche delante de la casa y se bajó, rodeándolo para abrirle la puerta y ofrecerle la mano.

Ella se la dio y se bajó también. No había otro coche a la vista, ni luces en la casa.

—Pero no parece que haya nadie aquí, excepto nosotros.

—No hay nadie. Va a ser una cena exclusiva.

—Pero...

Con una de sus ligeras sonrisas que la estremeció, Nick le apretó ligeramente la mano.

—Vamos. Este siempre ha sido mi lugar favorito para comer, y estoy deseando compartirlo contigo.

—Vale.

Ella subió las escaleras, mirando a su alrededor. Nick abrió la puerta, y entró en un oscuro vestíbulo. Casi inmediatamente le llegó un olor delicioso.

Él encendió la luz y, completamente desconcertada, Tess vio un papel descolorido en las paredes y un suelo de madera lleno de marcas.

—Ése olor es maravilloso.

Por primera vez él sonrió ampliamente.

—Puedo asegurarte que la comida estará tan maravillosa como huele. ¿Quieres lavarte?

—Sí, gracias.

Él le señaló un pasillo.

—La primera puerta a la derecha —luego le señaló una puerta abierta que daba al vestíbulo—. Cuando acabes entra ahí.

—Si es de ahí de donde proviene ese olor tan delicioso, entraré enseguida.

Tess encontró el baño y cerró la puerta. Unos sanitarios anticuados la recibieron, junto con toallas que, aunque descoloridas, parecían recién lavadas. El papel de la pared estaba levantado en algunas partes y el suelo de linóleo tenía agujeros, pero olía a limpio.

Ella sacudió la cabeza asombrada. Nunca había contemplado la idea de que hubiese nada simple en Nick Trejo, pero se daba cuenta de que iba a conocer lo complicado que era.

Minutos después, entró en la cocina débilmente alumbrada por las pequeñas lamparillas de un viejo aparador. Había una mesa de madera en el centro de la habitación, cubierta con un mantel azul y dos servicios de platos azules y blancos. Con una vela gruesa y corta en medio, cuya base estaba rodeada de margaritas, la mesa parecía salida de una revista de decoración. Igual que toda la cocina.

Sobre el mostrador había una barra de pan reciente sobre una tabla de madera y una botella de vino. Encima del fogón hervía un estofado de ternera en una cazuela grande. Nick estaba de pie junto a la mesa, sirviendo una ensalada fresca en dos cuencos que hacían juego con los platos.

—Siéntate y te serviré una copa de vino.

Ella se instaló en una de las sillas y observó cómo Nick servía el vino en dos copas y las llevaba a la mesa. Se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa; parecía como en su casa.

—Muy bien, Nick, creo que ya es hora de que me digas exactamente qué es todo esto. Aquí no vive nadie, ¿verdad?

—Sí, y no.

—No me apetece jugar a las adivinanzas, Nick. ¿De quién es esta casa?

—De mis abuelos. Ahora viven en la ciudad.

—Así que aquí no vive nadie.

—Ellos viven aquí, también.

—Pero acabas de decir... —ella agitó la mano en el aire como si borrara sus palabras—. Olvídalo. Déjame hacerte otra pregunta. ¿De dónde ha salido la comida?

—De mi hermana, Kathie —él llevó el pan a la mesa y partió varias rebanadas—. Está casada con un farmacéutico y viven en la ciudad con sus dos hijas. Pero mi abuela la enseñó a cocinar, así que todo lo que vamos a comer esta noche es receta de mi abuela. Créeme, está garantizado que nuestra cena será deliciosa.

Ella solo tenía que oler para saber que tenía razón. Bebió un sorbo de vino.

—¿Entonces tu hermana ha venido hasta aquí, ha cocinado todo esto y se ha ido antes de que llegásemos?

Hábilmente Nick sirvió el estofado con un cucharón en dos platos.

—Así es, y no le importa en absoluto.

—Es muy amable de su parte. Lo habrá hecho muchas veces para ti antes.

Él la miró.

—No.

—¿Quieres decir que nunca has traído a otras mujeres aquí con este montaje?

—No, nunca.

—¿En serio? —dijo ella con incredulidad.

Él dejó de servir y se acercó a ella, con su musculoso cuerpo irradiando electricidad contenida. Apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia ella, con sus ojos ambarinos brillando en su piel morena.

—Esta es la primera vez que le he pedido a Kathie que haga algo así, y cuando le he dicho quién era mi invitada, estuvo más que dispuesta a preparar nuestra cena.

—¿Le has dicho quien soy? —se hizo la luz—. Ya veo. Así que todo viene a cuenta de mi yacimiento, ¿verdad? —él se quedó callado y volvió al fogón a por los platos de estofado—. No era necesario todo este montaje, Nick —dijo ella con deliberado desdén—. Te hubiese dado la misma respuesta en mi casa que la que te voy a dar aquí.

El se sentó enfrente de ella y la miró penetrantemente.

—No voy a mentirte, Tess. Parte de esto tiene que ver con hacerte cambiar de opinión para que dejes de perforar tres meses.

—Entonces no me has escuchado. Ya te he dicho...

Él levantó la mano.

—Pero al mismo tiempo, decía en serio lo de que esperaba que esta noche fuese amistosa —sin dejar de mirarla, acarició el pie de su copa de vino—. Lo cierto es, Tess, que quiero conocerte mejor —sus ojos ambarinos brillaban como estrellas en una noche oscura cuando dijo—: Te deseo. Te deseo desde el primer momento que te vi.

A Tess se le atoró el aire en la garganta.

—Tú...

—Te deseo mucho más de lo que puedo expresarte con palabras —se detuvo, sin dejar de mirarla en ningún momento—. No contaba con que esto sucediese. Ayer por la noche, cuando fui a tu fiesta, iba únicamente por negocios. Pero entonces te vi, y te sentí mientras bailábamos... —bajó la mirada a sus labios—... y te besé. Y deseé mucho más.

Ella intentó tragar, pero tenía la garganta cerrada. Dio un sorbo de vino, y volvió a intentarlo, esa vez con éxito.

—O eres muy directo, o mientes por los cuatro costados.

—No te mentaría, Tess. No sobre esto.

—¿Y como se supone que lo sé? —ella oyó la nota de desesperación en su propia voz, pero no podía hacer nada al respecto—. Nos conocimos anoche. Y hoy, bajo el pretexto de cenar, me has traído a una casa completamente aislada.

—Estamos a punto de cenar, así que eso no era mentira. Y no te miento en lo de que te deseo. Profundamente, quiero que lo sepas. Espero que sientas lo mismo que yo.

Ése era su problema. Que sentía lo mismo. Pero nunca se le habían dado bien esas cosas. No tenía práctica en ardides femeninos, y Nick, con su imponente presencia y su abrasadora mirada, la desconcertaba.

Su hermana Jill, experta en atraer a los hombres, sabría manejarlo perfectamente, y lo dejaría colgado. Incluso Kit, que se echaría hacia atrás su pelo rojo y se reiría, y también lo dejaría plantado.

Pero ella no sabía jugar con los hombres. Solo sabía decir la verdad.

—¿Sientes lo mismo, Tess? ¿Me deseas aunque sea una fracción de lo que te deseo yo?

Ella apartó la mirada y cerró los ojos brevemente. Solo había una cosa que le podía decir.

—No estaría aquí si no.

Fue como si un elefante de dos toneladas hubiese entrado en la habitación y se hubiese sentado a la mesa con ellos. No podían ignorarlo.

—Hay una última cosa que quiero que sepas, Tess, porque de alguna manera afecta a los sentimientos que hay entre nosotros. Hay cosas que espero que aprendas mientras estamos aquí.

—¿Cosas?

—Cosas sobre mi familia.

Ella no quería hacer eso. Deseaba chasquear los dedos y estar en su casa. Sola. Y con otro chasquido hacer desaparecer a Nick de su vida.

—Si aprender cosas sobre tu familia es lo mismo que aprender cosas sobre ti...

—De alguna manera, supongo que sí.

Ella no entendía muy bien, ni quería entender. Se frotó la frente.

—Nos guste o no, nuestras familias forman parte de lo que somos.

La lenta sonrisa de Nick fue cálida.

—Me alegro de que lo entiendas.

Lo entendía mejor de lo que él se imaginaba, por su propia familia.

Necesitaba tiempo para recuperar el equilibrio, así que empezó a comer el estofado, que estaba delicioso, y agradeció que Nick hiciese lo mismo.

Se sentía incómoda en sus relaciones con los hombres. Y con Nick, la incomodidad se multiplicaba por mil. Cualquiera otra mujer del planeta ya habría arrojado los platos de un manotazo y estaría haciendo el amor con Nick sobre la mesa de la cocina de su abuela.

Pero ella no podía... no haría una cosa así. Lo único que quería era irse a casa, a la soledad y la seguridad de su habitación. Deliberadamente inició una conversación lo más inocua posible. Hablaron de comida e incitó a Nick a que le contase cosas de sus sobrinas.

Pero el elefante seguía sentado allí, esperando que resolviesen, de una manera o de otra, el deseo que sentían el uno por el otro.

Nick retiró los platos de la mesa, mientras Tess se tomaba su tiempo con el café y el pastel.

—Por favor no te olvides de decirle a tu hermana cuánto me ha gustado la cena.

—Lo haré. Está acostumbrada a recibir cumplidos, pero le alegra la vida recibirlos.

Ella se tomó el último bocado del pastel, y apartó el plato. Siguiendo con su plan de mantener la conversación hasta que se marcharan, preguntó:

—Háblame de esta casa. Si tus abuelos viven en la ciudad, ¿por qué está completamente amueblada?

Después de meter los platos en la pila y echarles jabón, Nick abrió el grifo.

—Son muy mayores, y mi abuelo tiene un problema grave de corazón. Necesitan estar en la ciudad, cerca del hospital, por si pasase algo —el agua cubrió los platos, y él cerró el grifo—. Pero cuando tuvieron que trasladarse, se negaron rotundamente. Solo accedieron cuando Kathie y yo les prometimos que esta casa se mantendría como estaba. Y de vez en cuando vienen aquí a pasar el día. Eso les hace felices y están seguros, que es lo más importante.

Nick se volvió y se apoyó en el mostrador. Ella sonrió.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que son muy afortunados de tener unos nietos como vosotros.

—Los afortunados somos Kathie y yo. Ellos nos criaron.

Ella parpadeó.

—¿Y eso?

—Nuestros padres murieron en un accidente de avión.

—Qué horror.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Yo tenía ocho años, y Kathie siete. Pero nuestros abuelos estuvieron ahí, así que ahora nos toca a nosotros.

—Eso es maravilloso —dijo ella con seriedad.

Maldito hombre. No había nada en él que no le gustase. Pero lo cierto era que tenían intereses opuestos. Ella no accedería a posponer la excavación, y en cuanto él se diese cuenta de ello, no volvería a verlo.

—¿Sabes lo que encuentro sorprendente? Que tus padres hayan muerto en un accidente de avión, y sin embargo tú seas piloto.

Él sonrió orgullosamente, y ella se quedó momentáneamente asombrada, al percibir al niño detrás del hombre.

—Soy piloto precisamente por eso. El accidente me produjo un miedo atroz a volar. La única manera de superarlo fue aprender todo lo posible sobre aviones, y a volar.

—Y por eso me aseguraste que eras un buen piloto.

Él se encogió de hombros.

—He estudiado y entrenado hasta convertirme en el mejor piloto posible. Y confío en mis posibilidades.

«Confía en sus posibilidades». Por lo que ella le conocía, su declaración tenía mucho sentido, y no estaba pensando en cómo había superado su miedo a volar. Tess se levantó de la mesa y llevó su plato y su taza al mostrador.

—¿Por eso me has traído aquí? ¿Crees que trayéndome a casa de tus abuelos e invitándome a una cena preparada por tu hermana vas a tener más posibilidades de que ceda?

—En parte sí, pero ya hemos hablado de eso.

—No puedo detener la excavación, Nick. La respuesta no va a cambiar, digas lo que digas. Y me gustaría volver a Corpus lo antes posible, así que déjame ayudarte con los platos. Yo lavo y tú secas.

Pasando por su lado, sumergió las manos en el agua.

Observándola, Nick tomó un trapo.

—¿Por qué estás tan ansiosa por irte? ¿No ha estado la cena a la altura de lo que esperabas?

—Totalmente. La comida estaba deliciosa, y el lugar es excepcional —le dirigió una rápida sonrisa—. Gracias por invitarme.

—De nada. Pero no me has dicho por qué tienes tantas ganas de irte.

—Mañana tengo un día de mucho trabajo, y necesito preparar algunas cosas esta noche antes de acostarme —le dio un plato para secar.

—Tienes una agenda agotadora. ¿Nunca has deseado tomarte un día libre o dos?

—Solo a veces. La verdad es que me encanta mi trabajo —aclaró otro plato y se lo dio.

Secando el plato, él la miró. No podía adivinar lo que estaba pensando, pero de una cosa estaba seguro. Estaba ansiosa por irse porque deseaba alejarse de él.

—En cuanto a citas se refiere, supongo que la nuestra no ha tenido mucho éxito.

—Yo no diría eso. Ha sido una experiencia única.

—Bien. Me alegro de que pienses eso, porque me gustaría que conocieras a mis abuelos.

Ella le pasó una copa para secar, y dijo rápidamente:

—Me encantaría. Tal vez otro día.

Su respuesta fue automática, su tono impreciso. Obviamente su mente ya estaba en Corpus en lo que fuese que tuviese que hacer.

Dios, cómo desearía que los dos estuvieran en una primera cita, conociéndose sin complicaciones. Daría todo lo que tenía por no tener que seguir adelante con su plan de hacerla caer en la trampa que había preparado.

Tess era diferente a todas las mujeres que había conocido en su vida. Y no solo hablaba de la atracción que sentía por ella, aunque era evidente. Estaba tan cerca de ella que podía oler el perfume de su piel, podía ver cómo brillaba su piel color marfil a la tenue luz de la lamparilla y cómo se curvaban sus pechos seductoramente bajo el vestido rojo. Todavía no los había acariciado, y probablemente nunca lo haría.

Nick arrojó el trapo sobre el mostrador, la agarró por los brazos y la atrajo hacia sí. Él sintió que ella se estremecía, y la besó en la boca, introduciéndole la lengua profundamente. El calor invadió sus ingles, y enseguida se excitó.

Ella agitó las manos en el aire hasta que las apoyó en los hombros de Nick. Se rindió a su beso, aceptándolo. Ella deseaba ese beso. Nick lo podía sentir por el modo en que su cuerpo se abandonó instantáneamente contra el suyo, en la forma apremiante en que sus brazos rodeaban su cuello y se aferraban a él.

Ella lo deseaba, y Dios sabía que él la deseaba a ella. Pero si la tomaba antes de que ella hubiese accedido a lo que él quería... Demonios, daba igual. La deseaba ya.

Él tomó su rostro entre las manos y apretó los labios con más fuerza sobre los de Tess, y ella respondió abriendo más la boca. Sus lenguas se entrelazaron en un baile dulce de seducción que aumentó la necesidad de Nick con una fuerza que casi le hace perder el equilibrio.

Tess sabía a café, a melocotones y a miel. Sin duda ése era su sabor natural, la miel. Y el contacto de las suaves curvas de sus senos, la piel de su cuello... estaba llegando al punto en que o la tomaba o moría de deseo.

Ella gimió de satisfacción. Había llegado al fin de su control. Tenía que tomarla. Con la mano en su espalda se dispuso a bajarle la cremallera del vestido.

De pronto ella se apartó de él, tan de improviso que él tuvo que agarrarse al mostrador para no caerse.

—Por favor... por favor llévame ya a casa.

Tess se dio la vuelta con la mirada baja.

—¿Qué ocurre Tess? —preguntó Nick, intentando recuperar el control de sus sentimientos.

Otro minuto besándose y habrían acabado encima de la mesa de la cocina, haciendo el amor. Después él se habría arrepentido. Ella probablemente pensaría que su principal interés en hacer el amor con ella estaba en que le concediera los tres meses que necesitaba. Aunque estuviese equivocada, no podría convencerla de lo contrario.

Esa vez casi había dejado que su deseo anulase su sentido común. Debería estar agradecido que ella hubiese detenido aquello, pero seguía sintiendo una imperiosa necesidad de abrazarla y besarla hasta que los dos casi perdiesen el sentido de deseo y se arrancasen la ropa el uno al otro.

—¿Nick? He dicho que me gustaría irme ya a casa.

Él soltó el aire larga y temblorosamente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿No crees que deberíamos hablar de lo que ha pasado?

Lentamente ella se volvió hacia él, abrazándose a sí misma y con la cara pálida.

—No creo que haya mucho que decir, excepto que no debería haber ocurrido y que los dos sabemos por qué. Ahora, por favor, me gustaría irme a casa lo antes posible.

Ése era el momento que Nick había temido desde que la recogió en su casa esa tarde.

—Lo siento, Tess, pero no te voy a llevar a tu casa esta noche.

Capítulo 4

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

Él se cruzó de brazos y se apoyó en el mostrador. Todavía necesitaba estabilidad.

—Vamos a pasar la noche aquí y así por la mañana podremos ir a la ciudad para que conozcas a mis abuelos.

—Dime que estás bromeando.

—No estoy bromeando.

—No tengo ni idea de lo que crees que estás haciendo, Nick, pero de una manera o de otra voy a volver a mi casa esta noche.

Él no se movió.

—Eres la jefa de la división de petróleo de Barón. Eso significa que puedes tomarte tiempo libre cuando quieras. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que ahora no quiero. Ya te he dicho más de una vez que tengo una agenda muy apretada.

El asintió con la cabeza.

—Ya, pero un día no va a cambiar nada.

La furia de Tess estalló, y levantó la voz, aunque sin gritar.

—¿Cómo demonios sabes eso? ¿Y quién te crees que eres para tomar esa decisión por mí? —le golpeó el pecho con el dedo—. Solo te conozco desde hace veinticuatro horas, ¿y crees que voy a dejar que manejes mi vida? ¡Ni hablar!

—Es muy importante para mí que conozcas a mis abuelos, así que nos quedaremos aquí esta noche.

Lo dijo en un tono tranquilo con la expresión serena, y ella deseó matarlo.

—Y un cuerno. Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo me voy a mi casa.

—No puedes.

—Alquilaré un avión en el aeropuerto —Tess no pudo evitar que le temblase la voz.

—Es tarde, aquí la gente se acuesta temprano. No van a saltar de la cama para llevar a una extraña a Corpus Christi.

—¿Cómo sabes que no querrán hacerlo? Aunque creas lo contrario, no puedes saber lo que la gente hará o no hará, igual que no puedes retenerme aquí contra mi voluntad.

Él se encogió de hombros.

—Aunque alguien acepte, cosa que dudo, ¿cómo vas a llegar al aeropuerto?

—Llamaré a un taxi.

—Ningún taxi viene hasta aquí, y menos a estas horas.

—Por bastante dinero...

Él sacudió la cabeza.

—Siento desilusionarte, Tess, pero aquí el dinero no podrá ayudarte.

—Esto es excesivo.

—Tienes mucha razón. Lo único que quiero es que conozcas a mis abuelos para que comprendas por qué es tan importante el Águila para mí.

—¿Y honestamente crees que reteniéndome aquí veré tu petición de una manera más favorable?

—Es mi única posibilidad.

—Pues tengo malas noticias para ti, Nick. Puedo garantizarte que así no conseguirás absolutamente nada de mí.

Ella creyó ver que la mirada de Nick se oscurecía momentáneamente.

—Tengo que intentarlo.

—Y yo también —ella miró a su alrededor—. ¿Dónde está el teléfono y la guía telefónica?

Sin decir nada, él señaló una pared junto a un armario donde estaba el teléfono. Luego abrió un cajón, sacó la guía telefónica y se la dio.

Durante los quince minutos siguientes ella llamó a todos los que podían ayudarla, desde compañías de taxis hasta el aeropuerto. Incluso llamó a la policía, pero en cuanto oyeron su nombre y el de quien la estaba reteniendo contra su voluntad, no se mostraron muy serviciales. Finalmente

intentó contactar con Ron, pero solo pudo dejar un mensaje en su contestador. Probablemente habría salido con su novia.

—¿No está en casa? —preguntó él cuando ella colgó.

Ella se sentó en una silla y le lanzó una mirada asesina.

—Ya lo has oído.

Mientras ella había estado llamando, él había terminado de recoger la cocina.

—Francamente, me sorprende que tu secretario tenga una vida fuera del trabajo. Creía que le tenías trabajando veinticuatro horas al día.

Tamborileando la mesa con los dedos, miró por la habitación. No iba a conseguir nada llamando a sus hermanas. En vez de ofrecerle ayuda, se reirían de ella por haberse metido en esa situación.

La voz profunda de Nick la sacó de sus pensamientos.

—Si estás buscando algo para tirármelo, por favor que no se rompa. Mi abuela se disgustaría mucho.

Ella lo miró furiosa.

—¿Y por qué debería importarme? Ella debería haberte enseñado mejores modales que secuestrar a la gente.

—Te recuerdo que viniste por tu propia voluntad.

—Porque me mentiste.

—No te mentí. Simplemente no te dije toda la verdad.

—Una mentira por omisión sigue siendo una mentira, y lo sabes.

—No podría haberte hecho subir al avión de otra manera.

—Oh, claro que sí —su tono estaba cargado de sarcasmo—. Tenías un montón de alternativas a tu disposición. Podías haberme drogado, o haberme golpeado y haberme dejado inconsciente.

Él frunció el ceño.

—¿De verdad crees que te haría daño físicamente?

Ella extendió las manos.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Nunca habría imaginado que me secuestrarías. Estás lleno de sorpresas.

Tess empezó a pasearse por la habitación, como hacía siempre que estaba nerviosa y necesitaba pensar.

—Vamos, Tess. No hagas una montaña de esto. Hemos tenido un viaje agradable hasta aquí, y por lo que has dicho, la cena estaba estupenda. Todo lo que te pido es que pases la noche en una habitación con sábanas limpias y mañana a la hora de comer te dejaré en Corpus.

Ella se volvió hacia él.

—Oh, eso ha estado muy bien. La sinceridad justa con una pizca de súplica. Y no olvides el beso. Ese beso ha sido algo especial. Pero ha sido otra de las armas de tu arsenal, ¿verdad? Como ese maldito por favor tuyo.

Él frunció el ceño.

—¿Mi por favor? ¿De qué estás hablando?

—De nada. Absolutamente de nada —Tess entrelazó las manos—. De acuerdo, Nick, te lo voy a pedir una vez más. ¿Quieres llevarme a casa, por favor?

Él la miró. Tenía el rostro encendido, y le palpitaba el corazón en la base del cuello. Él solo quería rodearla con sus brazos, llevarla a su habitación, desnudarla y hacer el amor con ella hasta que ambos estuviesen saciados. Pero esa ya no era una opción. Y si era honesto, no lo había sido nunca.

—Te enseñaré tu habitación. Era de mi hermana y todavía tiene algunas cosas tuyas. Te ha dejado algo para dormir, toallas limpias y un cepillo de dientes nuevo en el cuarto de baño.

—Qué amable de su parte. Obviamente tu hermana está en este crimen contigo.

—¿Crimen?

—Aunque te cueste creerlo, Nick, retener a alguien contra su voluntad es un crimen. He intentado explicárselo al jefe de policía de esta ciudad, pero parecía más divertido que preocupado.

—Ah, sí. Fuimos juntos al colegio. Y, previendo tu reacción, lo llamé antes y le expliqué la situación.

—Perfecto —dijo ella fríamente.

Él se separó del mostrador y se dirigió hacia el vestíbulo.

—Sígueme y te mostraré tu habitación. Y si no encuentras lo que necesitas, pídemelo.

Tess no podía dormir.

Estaba demasiado enfadada con Nick. Y con ella misma. Debería haber hecho caso a su pánico inicial. ¿Cómo había sido tan estúpida e ingenua? Había confiado en él, y la había traicionado.

Poniéndose la almohada sobre la cara, gimió. A decir verdad, la confianza no había sido la razón principal por la que había subido a ese avión, sino la atracción hacia él. No le habían hecho falta drogas ni violencia. Con una simple sonrisa la había cautivado. Arrojó la almohada por la habitación.

Pero además de estar enfadada, con él y con ella misma, también estaba preocupada. Mantener los plazos establecidos en ese pozo era de vital importancia para ella, y a menudo pasaba noches sin dormir.

Sí, era demasiado pronto para esperar encontrar petróleo, pero aún así, no podía dejar de preocuparse. Temía haberse equivocado con sus cálculos, y con su instinto. Y no era exagerado decir que perdería una gran parte de su vida si eso ocurría.

Se dio la vuelta. La casa estaba en silencio. Sin duda Nick se había quedado dormido sin ningún problema. ¿De qué iba a preocuparse? Con una estrategia digna de un general, él ya tenía lo que quería.

Furiosamente retiró las sábanas de una patada y se levantó de la cama. La hermana de Nick le había dejado una camisola de algodón para dormir, que le cubría hasta las rodillas.

Sin hacer ruido, bajó al vestíbulo y entró en lo que le pareció que sería el cuarto de estar. Cerró la puerta con cuidado, y encendió la primera lámpara que se encontró.

Un mullido sofá y dos butacas reclinables de aspecto cómodo fue lo primero que vio. Junto a la ventana había una mesa y una mecedora. Unos pañitos de ganchillo cubrían los brazos del sofá y las butacas, y un tapete también de ganchillo verde, naranja y amarillo cubría el respaldo del sofá.

Y también había fotografías, muchas, sobre la mesa, la repisa de la chimenea y en las paredes.

Empezó con las de la pared que tenía más cerca y fue recorriendo toda la habitación, encendiendo y apagando lámparas según avanzaba. Una foto de una joven pareja de novios en color sepia llamó su atención. Probablemente eran los abuelos de Nick el día de su boda. El joven de la foto parecía que iba a reventar de orgullo, y el rostro de la joven rebosaba alegría.

Más adelante, Tess encontró otra foto de la joven, pero esa vez con un niño en los brazos, que debía de ser el padre de Nick. Según pasaron los años en las fotos, vio al niño convertirse en un joven, ir a la guerra y volver. En otra pared se celebró su matrimonio con una encantadora joven. A continuación, apareció la foto de otro niño, Nick, supuso, y, enseguida, una niña, Kathie.

No había más fotos de los padres de Nick, pero en otra pared encontró las fotos escolares de Nick y Kathie. Una sonrisa asomó a sus labios según iba pasando de foto en foto, observando cómo Nick se convertía en el hombre que era cuando se graduó en la universidad.

En su graduación, sus abuelos estaban orgullosos a su lado. Desde esa foto, Nick había madurado, las facciones de su rostro y de su cuerpo se habían endurecido. Pero el día de su graduación, sus ojos de color ámbar estaban llenos de sueños y felicidad.

Se entretuvo en esa foto, preguntándose por sus sueños. ¿Ya sería entonces su sueño recuperar el Águila? ¿Tendría otros? Y en ese caso, ¿cuáles eran?

Había otras fotos, por supuesto... la boda de Kathie, sus dos preciosas niñas, creciendo en cada foto.

Tess entendía por qué los abuelos de Nick no querían dejar esa casa. En esa habitación estaba toda su vida.

—Muchas fotos, ¿verdad?

Ella se quedó de piedra, luego lentamente se dio la vuelta. Una mirada a Nick la hizo volver golpe al presente. Solo llevaba puestos unos pantalones vaqueros desteñidos. Todo lo demás, su ancho pecho, sus vigorosos brazos, su liso abdomen, estaba desnudo.

Y sus pantalones vaqueros dejaban poco a la imaginación, ajustándose a la musculatura de sus caderas, muslos y pantorrillas, y recogiendo íntimamente el gran bulto de su entrepierna.

La vista hizo que a Tess se le secase la boca.

—¿Fotos? Sí, hay unas cuantas.

Él se acercó lentamente hacia ella. Tess sabía que debería volver a concentrarse en las fotos, pero no podía. Nick absorbía toda su atención.

—Kathie y yo nos ofrecimos a llevarles las fotos a su nueva casa, pero no quisieron ni oír hablar de ello. Decían que las fotos pertenecían a esta casa, a esta habitación.

Cuando llegó a su lado, Tess percibió el olor a jabón de su piel desnuda. Estaba demasiado cerca. Debería moverse, pero la intensidad de su mirada, en contraste con la suavidad de su voz, la mantenía clavada en su sitio.

—Creo que tenían razón —dijo ella.

Una camisola y unas braguitas no era mucha ropa, pero al menos estaba más cubierta que él. ¿Por qué, entonces, se sentía prácticamente desnuda?

Los dos hablaban en voz baja, como si la habitación requiriese reverencia. Ella lo miró y vio la excitación brillando en el ámbar de sus ojos. Demonios. Tess sintió el calor recorriéndole la piel y la sangre, obstruyéndole los pulmones y nublándole la mente.

Entonces él bajó la mirada a sus senos.

—No recuerdo que esa camisola le quedase tan bien a Kathie como te queda a ti.

Su voz ronca le acarició las terminaciones nerviosas, causándole más calor. Automáticamente se miró. Sus pezones estaban duros y rígidos, claramente visibles a través de la tela de la camiseta. El color tiñó sus mejillas.

Cohibidamente cruzó los brazos sobre sus pechos.

—Er... no he visto ninguna foto de tu bisabuelo.

—No hay ninguna —él le bajó los brazos—. No te tapes.

Si se quedaba, algo iba a suceder que ella no quería que sucediese. Lo presentía.

—Sabes, creo que ya voy a poder dormir —a Tess le latía tan fuerte el corazón, que apenas pudo oír sus palabras.

—Mentirosa —susurró él—. No podrías dormir más de lo que podría yo.

—Te equivocas. Sí podría.

—No me equivoco. Además, ¿no quieres saber nada más de las fotos?

Ella vaciló.

—Siempre que nos ciñamos al tema de las fotos.

Él le sonrió lentamente.

—De acuerdo. Según mi abuelo, mi bisabuelo nunca permitió que le hiciesen fotos.

—¿Y de su esposa y de tu abuelo cuando era niño?

Él tomó varios mechones del cabello de Tess y se los enroscó en los dedos.

—Me gusta tu pelo suelto.

Ella intentó apartarse, pero se lo impedía su pelo atrapado por él.

—Estás saliéndote del tema.

—Es cierto, lo siento. Pero... —frotó el cabello entre los dedos, como fascinado por su textura.

Ella le agarró la mano y lo mejor que pudo, soltó el pelo de los dedos de Nick.

—¿Las fotos?

—La primera foto que se hizo mi abuelo fue la de su boda. Tenía veintiún años.

—Qué triste.

—Sí, lo es. Mi abuelo llevó una vida muy triste, hasta el día que conoció a mi abuela. Desafortunadamente ella no pudo hacer desaparecer toda la tristeza de la infancia de mi abuelo. Ha permanecido con él toda su vida.

—Es una pena, aunque esta habitación es un testimonio de una vida bien vivida. Debe de hacerles sentirse bien.

Deliberadamente ella se apartó de él. El calor, el deseo y la pasión impregnaban el aire que lo rodeaban. Y mientras se iba a otra parte de la habitación, sintió su mirada sobre ella.

—A pesar de todo lo que tuvieron que pasar mis abuelos, siempre tuvieron su amor. Hasta hoy, siguen tan enamorados como el día de su boda. Pero por desgracia mi abuela pronto se quedará sola. Los médicos no saben qué es lo que mantiene a mi abuelo con vida.

Se detuvo y, como si sintiese que él quería que lo hiciese, Tess lo miró. Nick continuó:

—Pero Kathie y yo sabemos lo que es. Y mi abuela. Él está esperando a que suceda algo. Tiene una gran fuerza de voluntad, mi abuelo —sacudió la cabeza con admiración—. Nos ha dicho que sabrá cuando se acerca el

fin, y que entonces quiere que le traigamos aquí para poder morir en el lugar donde nació, y donde nació su hijo y nos criaron a Kathie y a mí.

A Tess se le inundaron los ojos de lágrimas, pero rápidamente pestañeó, y se acercó a una *Victrola* que tenía un montón de discos encima. Tomó algunos e intentó leer los títulos, pero estaba demasiado abrumada por las emociones que despertaban en ella esa habitación y la gente que había vivido allí. ¡Demonios! Si ni siquiera los conocía.

En su familia, el amor apenas se expresaba ni se demostraba. Ella tenía cuatro años cuando murió su madre, Jill tres, y Kit dos, y se habían quedado al único cuidado de su padre, un hombre que, si tenía sentimientos, se los guardaba para sí mismo.

A veces recordaba a su madre arrojándola en la cama y dándole un beso y un abrazo. Pero no estaba segura de si ese recuerdo era cierto o simplemente era su deseo desesperado de que lo fuera.

Por un momento se preguntó si su vida habría sido diferente si, tras la muerte de su madre, hubiese vivido con alguien como los abuelos de Nick. Levantó la vista hacia él, que estaba apoyado en la repisa de la chimenea, observándola.

—¿Por qué no podías dormir? —preguntó él con la voz ronca—. ¿Porque sigues enfadada conmigo?

—Entre otras cosas—Tess dejó los discos—. Siento haberte despertado

—No estaba dormido, y no te he oído. Yo tampoco podía dormir.

—¿Por qué no podías dormir? —preguntó ella con suavidad—. ¿Te sentías culpable?

Él sonrió compungidamente.

—Puede.

De pronto ella recordó que solo llevaba la camisola. Nick y la habitación la habían afectado demasiado. Unos minutos más y perdería el contacto con la realidad.

—Me voy a mi habitación.

—No.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

Él hizo un gesto con la mano.

—Podría preparar chocolate caliente, y podríamos seguir hablando.

Era una oferta difícil de rechazar, pero Tess no quería seguir oyendo nada más de la familia de Nick. Tenía que concentrarse en lo que era importante para ella, no para Nick.

—No.

De pronto él estaba delante de ella.

—¿Qué tal esta razón entonces? No quiero que te vayas todavía.

Ella se puso tensa, dispuesta a resistirse cuando él la rodease con sus brazos. Pero él no lo hizo. Únicamente redujo la distancia que había entre ellos.

—Debería haberlo sabido —susurró él, descendiendo la boca lentamente hacia la de Tess—. Debería haberlo imaginado después de lo que pasó entre nosotros en la cocina —ella podía sentir el aliento de sus palabras en los labios—. Pero tú... estás ahí, y no sé que hacer con lo que me haces sentir.

Ella tuvo mucho tiempo para irse, o para negarse. Pero no hizo nada. Esperó, escuchando, comprendiendo. Cuando finalmente sus labios la rozaron, casi suspiró aliviada.

El beso fue diferente de los otros. Sin prisas, y tan suave que ella no encontró razones para resistirse. Sus cuerpos se tocaban, pero él no le puso las manos encima. Y la presión de sus labios seguía siendo delicada, sin exigencias. Y sin embargo, el lento movimiento de su boca despertaba en ella todas las terminaciones nerviosas de su boca hasta que la sensación de calor se expandió por todo su cuerpo.

Nunca había experimentado nada igual. Solo la estaba besando, pero estaba más excitada de lo que lo había estado nunca. Los pechos empezaban a dolerle. Si solo se los tocase. El calor se concentró entre sus piernas hasta producirle palpitaciones. Si solo le pusiese la mano ahí y la acariciase, la llenase...

Estaba desesperada, pero él continuaba besándola lenta y suavemente los labios, mientras ella se moría de la necesidad de que le introdujese la lengua en la boca.

Se inclinó hacia él. Sus senos, con los pezones rígidos tocaron su pecho desnudo, y ella casi gritó de placer. Rodeando el cuello de Nick con los brazos, se puso de puntillas y se apretó contra él. Su cuerpo necesitaba desesperadamente su contacto.

—Nick —susurró, casi con dolor, enroscando los dedos en su pelo.

—Dime —susurró él.

Un sonido de frustración y necesidad salió de los labios de Tess. Entonces él cerró la mano sobre uno de sus pechos, y le acarició el pezón con el pulgar. El fuego la abrasó. Gimiendo, cerró los ojos y se retorció contra él.

El tiempo se detuvo cuando él la levantó contra la pared. Instintivamente ella le rodeó las caderas con las piernas y se aferró a él con todas sus fuerzas. Su beso se hizo más intenso, y por fin la lengua de Nick ahondó en su boca. Él deslizó la mano bajo la camiseta y esa vez la cerró sobre su seno desnudo. Era lo que ella había estado deseando, necesitando, pero casi no podía disfrutarlo, porque para entonces deseaba más, mucho más.

Sintió que él le levantaba las nalgas, ajustando su postura, y que se apretaba más contra ella en la unión de sus muslos. Sintió la tela de los vaqueros frotándose contra la seda de las bragas. Él giraba las caderas y empujaba contra la carne sensible y palpitante bajo la seda.

Oh, ella deseaba aquello. Lo necesitaba. Y podía tenerlo. Pero... ¿a costa de qué? Sus dedos se tensaron en el cabello de Nick.

—Para.

Nick dejó de moverse. Un fuerte estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Has dicho que pare? —preguntó con la voz rota, ronca y llena de dolor.

—No, no. Oh, Nick. Te deseo tanto... Pero... por favor ayúdame.

Un sonido agonizante retumbó en el pecho de Nick. Con temblores sacudiendo todo su cuerpo, se apartó con ella de la pared. Ella bajó las piernas lentamente.

Nick bajó las manos hasta que lo único que los unía eran los brazos de ella en su cuello. Haciendo un esfuerzo, ella los bajó también.

Respirando a grandes bocanadas, Nick se apartó de ella y le dio la espalda.

Ella se sentía mareada. Con el cuerpo en llamas, y sin satisfacción. No tenía ni idea de qué decir, estaba abochornada.

—Nick...

—No digas nada. Ahora no —levantó una mano—. Lo siento, Tess. He dejado que las cosas fuesen demasiado lejos.

—Solo porque yo quería. Al menos el cincuenta por ciento de la culpa es mía —temblando, ella se dirigió a la puerta—. Buenas noches.

—¿Tess?

Ella lo miró y vio que él se había dado la vuelta.

—¿Sí?

—Desearía que las cosas fueran diferentes.

Ella sabía muy bien a qué se refería. A su tesoro. A su pozo de petróleo. Era un punto muerto.

Sin responder, ella abrió la puerta y salió al vestíbulo, cerrando tras de sí. De vuelta en su habitación, en la cama, se quedó mirando el techo. Nick nunca sabría cuánto había deseado quedarse con él. Pero habría sido demasiado peligroso.

Entre ellos saltaban chispas, y las chispas, no controladas, llevan al fuego. Solo tenía que mirarlo para desearlo. Y cuando la besaba, se deshacía en sus brazos.

En alguna parte de la casa oyó el agua corriendo. Nick estaría dándose una ducha de agua fría. Deseó darse una ella también.

Dios, si pudiese llegar a casa al día siguiente, sin o con el corazón roto, se consideraría increíblemente afortunada.

Capítulo 5

Tess se despertó lentamente con el calor del sol en su rostro y el delicioso aroma del café. Una mirada por la ventana le anunció que iba a ser un bonito día.

Asombrosamente había dormido muy bien. Aunque tal vez no fuese tan asombroso. En aquella habitación tenuemente iluminada con Nick, sus emociones habían pasado del enfado a la pasión con una intensidad que la habían dejado exhausta. Afortunadamente aquello terminaría pronto. Solo tenía que pasar el encuentro con los abuelos de Nick, y estaría de vuelta en su casa con su vida habitual.

Sonó el teléfono. Ron. Saltó de la cama y corrió a contestar, pero antes de que llegase al teléfono dejó de sonar. Al entrar en la cocina se encontró a Nick con el auricular pegado a la oreja, escuchando.

—¿Es para mí? —preguntó ella.

Sacudiendo la cabeza, él continuó escuchando a quien fuese que llamase.

Tess lo observó, preguntándose por qué estaría tan serio. No llevaba camisa; tenía el pelo mojado y despeinado, y le caían gotas de agua que mojaban su pecho. Debía de acabar de salir de la ducha.

Le encantaría secarlo con la lengua.

El pensamiento la hizo tambalearse. No podía permitirse pensamientos así. Siguió recorriendo su cuerpo con la mirada hasta sus vaqueros. Tenía la cremallera subida, pero el botón estaba desabrochado...

Oh, Dios... Tess sintió que se le calentaba la sangre. Antes de que Nick hubiese aparecido en su vida, nunca había creído que fuese capaz de tener esos pensamientos y esos sentimientos. Se dirigió al mostrador y se sirvió una taza de café.

—¿Y es muy serio? —oyó que decía Nick en el teléfono—. ¿Está seguro el médico? —se detuvo y sonrió—. Eso es propio de él. De acuerdo entonces... —la miró—... eso es lo que haremos. Llámame si hay algún cambio —asintió con la cabeza—. Bien, te dejo. Dales a las niñas un beso y un abrazo y otro para ti. Adiós, cariño.

Colgó el teléfono, y la miró.

—Era Kathie. Mi abuelo ha tenido un mareo esta mañana.

—Siento oírlo —dijo ella sinceramente, dando un sorbo de café—. Pero ahora que nuestra visita obviamente se ha cancelado, estoy lista para volver a Corpus cuanto antes.

—Mi abuelo quiere conocerte, Tess. Me ha pedido que vayamos esta tarde, cuando se haya repuesto un poco.

—Y espero que lo haga, pero no puedo perder más tiempo.

Músculo por músculo, él se puso tenso. Y los ojos ambarinos se oscurecieron intensamente.

—¿Eso es lo que esto ha sido para ti? ¿Una pérdida de tiempo?

Sinceramente ella no podía decir eso. Había querido saber más de él, y lo había hecho. Pero quizás mucho más importante, había descubierto algo de sí misma que no sabía. La noche anterior, mirando las fotos, se había dado cuenta de la falta que le hacía tener una familia, algo que nunca había tenido y probablemente nunca tendría.

—Hoy es un nuevo día —dijo ella con cautela, desviando la mirada a su taza—, y necesito pasarlo en Corpus —se detuvo y lo miró—. Lo siento, pero no puedo esperar todo el día para ver a tu abuelo.

Él se pasó la mano inquietamente por el pelo.

—Mira, todo lo que tienes que hacer es llamar a tu secretario.

—Eso es exactamente lo que pensaba hacer. Ha debido de pasar la noche en casa de su novia, por eso no oíría mi mensaje. Pero ahora ya estará en la oficina.

—Por favor, Tess, escúchame un minuto.

—No vuelvas a decirme por favor.

Tess dejó la taza con tanta fuerza sobre el mostrador que derramó el café.

—Me pondré de rodillas si es preciso. Tess, mi abuelo se está muriendo, y es importante para él conocerte.

—¿Por qué, Nick? Eso no va a hacerme cambiar de idea. Es imposible. ¿No lo entiendes?

—No, Tess. No lo entiendo. Solo te estoy pidiendo un aplazamiento de unos meses. Después el pozo seguirá ahí. No se irá a ninguna parte.

Ella suspiró.

—Hay razones por las que no puedo detener la excavación.

—Cuéntame.

—Mis razones son privadas.

Un silencio tenso invadió el aire. Intentando mantenerse firme, Tess fue a limpiar el café que había derramado, y luego se sirvió otra taza de café.

—De acuerdo, Tess —dijo él en tono áspero—. Olvida todo lo que yo quiero. Piensa solo en mi abuelo. Se va a llevar un gran disgusto si no te conoce. Me ha oído hablar de ti y...

—¿Qué quieres decir con que te ha oído hablar de mí? Solo nos conocemos desde hace dos días.

—Te investigué un poco antes de conocernos.

—Eso me dijiste.

—Aunque pronto descubrí que los negocios de tu familia eran muy reservados, tu nombre y tu foto salían a veces en el periódico.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu abuelo?

Él soltó el aire lentamente.

—Antes de conocernos, él me decía que mi tono de voz cambiaba cuando hablaba de ti. Y después de conocernos, me dijo que claramente me sentía atraído por ti. Él ha vivido para ver a Kathie felizmente casada, y ha decidido que... que tú serás con quien me case.

A ella se le puso el corazón en la garganta.

—Debe de tener una gran imaginación.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Supongo que sí. Pero tienes que recordar que se está muriendo. Desde su punto de vista, no cree que vivirá para verme casado, pero al menos quiere conocer a la mujer que piensa que ha conquistado mi corazón.

Ella se quedó mirándolo, asimilando la nueva sorpresa que había sacado de su sombrero.

—Pero eso es ridículo.

—No para él —dijo él con firmeza—. Así que ya ves, esa visita implica mucho más que la seguridad del Águila. Me harías un gran favor si esperases a conocerlo antes de irte.

—No juegas limpio.

—Nunca dije que lo haría.

Ella se puso una mano en la frente, donde empezaba a aumentar la tensión.

—Tengo que pensarlo.

Con el café en la mano, se dirigió a su habitación.

—¿Te apetece algo para desayunar? Puedo preparar lo que quieras.

Ella ni siquiera lo miró.

—No, gracias.

Tess se duchó, se enjabonó el cuerpo y se lavó el pelo. Después se quedó debajo del agua, dejando que el agua cayese sobre su cuerpo. Era maravilloso.

Intentó concentrarse solo en el agua y no pensar en otra cosa. Su mente necesitaba un descanso. Y su cuerpo... Desafortunadamente necesitaba mucho más.

Pero no importaba. Decirle a Nick que se detuviese la noche anterior había sido lo mejor que podía haber hecho. Físicamente, habían llegado demasiado lejos. Emocionalmente, estaba hecha un lío, con él y con su familia, a la que todavía tenía que conocer.

Salió de la ducha, se secó y se puso el vestido rojo sin mangas. Con el pelo mojado, salió por la puerta principal para evitar a Nick.

Hacía buen día, soplaba una ligera brisa. Pudo contemplar el paisaje que se había perdido por la noche. Las colinas estaban blancas de caliche. Matorrales de mimosas y plantas silvestres cubrían los barrancos erosionados. Una profusión de flores rojas y amarillas indicaban la reciente lluvia. Y las enredaderas se enroscaban en las vallas y los postes de teléfono.

Los abuelos de Nick podían no tener muchos acres de tierra, pero lo que poseían era precioso. Dio la vuelta a la casa y vio unas vacas paciendo en un prado. Cerca de la casa había un balancín en un cenador rodeado de acebos que filtraban el aire.

Bonito. Tess se imaginó a los abuelos de Nick allí muchas tardes hablando de los acontecimientos del día y de sus nietos.

Se sentó en el balancín, cerró los ojos y alzó el rostro hacia la fresca brisa. ¿Qué iba a hacer? Nick no tenía ni idea de qué era con lo que ella se enfrentaba. Y aunque lo supiese, no admitiría que lo que ella tenía que conseguir fuese más importante que los sueños de su abuelo agonizante.

Pero no podía culparlo por ello y, ya que estaba allí, lo mínimo que podía hacer era quedarse a conocerlo. Era una gran responsabilidad, injusta e impuesta por Nick, pero después de ver las fotografías, se quedaría y lo haría lo mejor que pudiese.

—¿Puedo unirme a ti?

Ella abrió los ojos de golpe. Recortado contra el cielo azul y rodeado por el resplandor del sol, vestido con un polo dorado, apareció Nick como el dios del sol que Tess había creído ver al principio.

Y en ese momento, mirándolo, reapareció todo el deseo que había sentido por él la noche anterior. Pero por su bien tenía que alejar esos sentimientos.

—Pues, sí. Tengo una pregunta que hacerte —él iba a sentarse a su lado, pero ella levantó rápidamente una mano—. Preferiría que no te sentases aquí.

Nick se quedó mirándola un momento.

—Vale.

Se metió una mano el bolsillo de los vaqueros y, con la otra, agarró la cadena del balancín.

Los ojos de Tess quedaron al nivel de la cintura de sus pantalones, y no necesitaba mucha imaginación para adivinar lo que había tras esa bragueta después de lo que había sentido la noche anterior moviéndose contra ella...

A Tess se le secó la boca repentinamente.

—La noche que nos conocimos, dijiste que tenías una oportunidad de convencerme de que concediese el tiempo que necesitas. ¿Por qué?

—Pensaba que entenderías el sueño de toda la vida de un hombre.

—¿Y por qué crees que entendería su sueño?

—En el curso de la pequeña investigación que hice sobre ti, encontré varios artículos de tu Fundación de los Sueños para niños desfavorecidos.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, y en mi fundación la palabra «desfavorecido» puede significar muchas cosas. Tal vez un niño provenga de una familia que tiene dinero pero que menosprecia su sueño o no le dan apoyo moral. Mi fundación también intenta llegar a esos niños.

—Exacto, por eso yo pensaba que entenderías a un adulto con la misma necesidad.

La había acorralado utilizando sus propias creencias. Muy bueno. Muy agudo.

—Lo entiendo, pero en este caso... —se aclaró la garganta—. En este caso, no me es posible conceder lo que me pides.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que las razones son privadas —no pensaba ser ella la primera en romper el acuerdo familiar de no hablar de los asuntos familiares con extraños—. El que tenga autonomía sobre la sección de Barón Internacional no significa que no tenga presiones ni responsabilidades familiares. Tienes que entender que este pozo podría suponer millones al año.

—También mi oro, aunque por supuesto no anualmente. Pero no estoy haciendo esto por dinero. Aunque mi familia tenga pruebas de que legalmente le pertenece ese oro, el Estado de Texas se llevará su parte, los patrocinadores las tuyas, y donaré las antigüedades a la Universidad —Nick se encogió de hombros—. Y después de los impuestos, quedará algo para mis abuelos, si todavía viven. Si no, se dividirá entre Kathie y yo. Pero el dinero nunca ha sido el motivo principal.

Él se puso en cuclillas delante de ella, con los antebrazos apoyados en las piernas y las manos entrelazadas con las yemas de los pulgares tocándose.

—Mira, Tess, no digo que mis problemas sean más importantes que los tuyos. Pero para mí ésta es mi única oportunidad.

Tess volvía a sentir la familiar tensión en la cabeza. No podía decirle nada a Nick. Él nunca entendería cómo y por qué ella pasaba cada minuto intentando satisfacer las expectativas que su difunto padre esperaba de ella. Y tampoco había razón para que se lo explicase. Pronto él saldría de su vida.

El teléfono sonó en la casa. Nick salió corriendo a contestarlo. Con un suspiro, ella se puso de pie y se frotó las sienes, entonces recordó que había olvidado llamar a Ron.

Nick se encontró con ella en la puerta de atrás.

—Es para ti. Ha dicho que te diga que es Des.

¿Des? Oh, Dios. El tío William. Tess corrió hacia el teléfono.

—¿Des? ¿Qué ocurre? ¿Es el tío William?

—No —respondió él con su voz profunda y serena—. Él está bien. Llamo por ti.

—¿Por mí? —preguntó ella, asombrada—. ¿Qué pasa conmigo?

—Tu desaparición. Dime, ¿tienes problemas? ¿Te han retenido contra tu voluntad?

Ella miró a Nick, que escuchaba atentamente.

—No.

—Bien, de acuerdo. Ron me ha llamado diciendo que le habías dejado un mensaje en el contestador. Decía que necesitabas ayuda y que te llamase lo antes posible. Pero no dejaste ningún número.

—¿No? —Tess se apretó la palma de la mano en la frente—. No puedo creer que hiciera eso. ¿Y cómo me has encontrado?

—Con un poco de suerte. Primero Guadalupe describió a la persona con la que habías salido por la tarde, y Ron le identificó como Nick Trejo. Se me ocurrió llamar al aeropuerto y tras unas cuantas indagaciones encontré a alguien que se acordaba que habías tomado un avión. Después todo lo que he tenido que hacer ha sido seguir el plan de vuelo y llamar a información en Uvalde.

—Te has tomado muchas molestias, Des. Lo siento.

—¿Y qué ayuda necesitabas ayer por la noche?

—Que alquilase un avión y viniese a recogerme.

—¿Cuándo saliste de tu casa anoche no sabías que ibas a pasar la noche fuera?

Tess miró a Nick, que la observaba solemnemente.

—No, no lo sabía. Fue una... sorpresa.

—Y no muy grata, por lo visto.

—Exacto.

—En otras palabras, te secuestró.

—Bueno, sí, pero...

—Voy a buscarte. Dame la dirección de dónde estás.

Ella vaciló. Des le estaba ofreciendo acudir en su rescate. Si accedía, dispondría al menos de dos horas a solas con él, que era justo lo que había deseado hacía dos noches. Pero...

—No será necesario, Des. Voy a quedarme hasta esta tarde para conocer a los abuelos de Nick.

—¿Por tu propia voluntad?

—Sí. Y luego, Nick me llevará a casa.

—¿Estás segura de que no quieres volver ya?

Tess cerró los ojos. Le costaba trabajo creer que le estuviese rechazando.

—Sí, estoy segura.

—¿Y si decide que te quedes otra noche?

Ella abrió los ojos y miró a Nick. No podía adivinar lo que estaba pensando.

—No lo hará, pero si lo intenta, te llamaré. Dame el número de donde estás —le pidió a Nick papel y lápiz por señas—. De acuerdo, Des, ¿qué número es? —lo escribió—. Gracias. Te prometo que te llamaré si te necesito.

—Para asegurarme, llámame esta tarde cuando llegues a casa. Y si tienes problemas, Tess, nunca dudes en llamarme. Somos de la familia.

Tess se quedó muda de asombro porque Des se preocupase tanto por ella.

—Gracias. Te lo agradezco más de lo que puedo expresar.

—De nada. Hablamos esta tarde.

—Eso es.

Tess colgó.

—¿Quién es ese Des, y por qué cree que necesitas que te rescate?

Ella se volvió hacia Nick.

—Oh, no lo sé, Nick. Probablemente porque necesitaba que me rescatasen.

—¿Sí?

—Ayer por la noche. Si recuerdas, quería irme.

—Nunca estuviste en peligro.

—No vamos a discutir eso ahora. Estaré en casa esta tarde.

—No has contestado a la otra parte de mi pregunta. ¿Quién es Des?

—Es hijo del primer matrimonio de mi tía May. Cuando tío William se casó con ella, adoptó a Des. Ellos nunca tuvieron más hijos.

—¿Y por qué estaban tus hermanas tan ansiosas por verle el día de tu cumpleaños?

—Es un juego que tenemos.

—¿Un juego?

Ella sacudió la cabeza.

—Es complicado.

—¿Y crees que yo no soy lo suficientemente inteligente para comprender sus complejidades?

—Dejémoslo estar, ¿vale? No quiero hablar de ello.

—De acuerdo —Nick la estudió—. ¿Y se ha quedado Des satisfecho con que ya no estés en peligro?

—Ya me has oído decirle que me llevarás a casa esta tarde.

El se cruzó de brazos.

—¿Y crees que lo haré?

—Sí.

—¿Y si no?

—Llamaré a Des y vendrá a buscarme.

—¿Y si te pido que te quedes.

Ella se detuvo un momento para asegurarse de que su tono de voz fuese lo más casual posible. No quería que él adivinase que su mente se había ido directamente a la imagen de él levantándola contra la pared, mientras ella lo envolvía con las piernas, deseándolo con cada molécula de su ser.

—¿Por qué ibas a hacer eso? He accedido a quedarme a conocer a tus abuelos. Y con eso habrás conseguido lo que deseabas cuando me trajiste aquí.

Un silencio volátil invadió la habitación; Tess tenía la sensación de que si encendía una cerilla, todo el lugar estallaría en llamas. Finalmente, él habló.

—¿Así es como quieres actuar? ¿Como si anoche no hubiese pasado nada entre nosotros?

Ella entrelazó sus temblorosas manos y bajó la mirada.

—Creo que es lo mejor. O sea, sucedió, pero fue producto de la noche y el lugar.

—Eso es una tontería y lo sabes.

—Entonces déjame ponerlo de esta manera. No hay nada que pueda venir de eso. Tú quieres algo que yo no puedo darte, Nick. Ese es el principio y el final de nuestra relación. El hecho de que yo no pueda acceder a lo que quieres, contamina todo lo demás.

—Maldita sea, Tess. Anoche, aquí mismo en esta cocina, te dije que te deseaba. Y más tarde...

—Más tarde casi cometemos un terrible error. Lo detuve porque no hay futuro para nosotros.

—Y no hay confianza, ¿verdad?

Ella lo miró.

—¿Confianza?

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Si hiciésemos el amor, tú pensarías que estaba intentando seducirte para que hagas lo que yo quiero. ¿Y yo? Tal vez pensaría que estás intentando seducirme para que te desee tanto que me olvide del Águila. Pero —dijo él con la voz suave—, saber eso no aleja el deseo, ¿verdad, Tess?

No. Demonios, no. Tess se sentía como si estuviese haciendo malabarismos con varias bolas en el aire. Nick, su trabajo, su futuro, su rivalidad con sus hermanas, Des, y la extraña compasión que sentía por el abuelo de Nick. Estaba convencida de que si se le caía una sola bola, todas las demás caerían también, y ella perdería todo.

—Tengo que volver a Corpus Christi esta tarde, Nick. Y si tú no me llevas, encontraré otra manera.

—No será necesario. Te llevaré

Capítulo 6

Unos frágiles brazos envolvieron a Tess en un abrazo; después la abuela de Nick retrocedió con una radiante sonrisa.

—Es un placer conocerte, querida.

—Gracias, señora Trejo. Encantada de conocerla, también.

—Oh, por favor, llámame Alma. Aquí no nos andamos con formalidades.

—Alma, entonces.

Alma era una mujer pequeña, que vestía unos pantalones de poliéster azul marino y una blusa de flores bien planchada. Llevaba el cabello gris corto, en un estilo muy favorecedor, y tenía la piel surcada de arrugas por la edad, y por el sol de Texas. La foto de la boda de Alma apareció en la mente de Tess. A pesar de haber sufrido la pérdida de un hijo, y saber que su marido no estaría mucho tiempo con ella, no había perdido la capacidad de sentirse feliz y esperanzada.

Sorprendente.

Los ojos marrones de Alma brillaban de placer.

—Ven a conocer a Ben. Lleva todo el día esperando esto.

—Claro que sí —dijo una voz entrecortada—. Ven aquí, Tess, y deja que te vea.

Ella siguió la voz hasta una cama de hospital instalada en una alcoba donde un gran ventanal ofrecía una vista de flores y árboles y un cielo tan azul que parecía pintado. En la repisa de la ventana había una fotografía. En el centro, el abuelo de Nick estaba sentado en una silla. Nick y Alma estaban de pie a su lado, Kathie y su marido al otro, y dos niñas sentadas en la hierba a los pies de su bisabuelo. Otra fotografía importante a añadir a las de la familia.

—¿Señor Trejo?

Tess le tendió la mano al arrugado hombre, que respiraba con ayuda de oxígeno.

Él se la estrechó con sorprendente fuerza.

—Ben. Llámame Ben. Nick, acércale una silla para que pueda hablar con esta bonita joven.

Sin una palabra, Nick hizo lo que le pedía su abuelo e indicó a Tess que se sentase.

—Volveré enseguida con té helado para todos —dijo Alma sin dejar de sonreír.

Tess empezó a decir que no quería nada, pero Alma ya había desaparecido, así que volvió su atención hacia Ben.

—¿Cómo se siente? Creo que ha tenido un mareo esta mañana.

Ben agitó la mano como quitándole importancia.

—No fue nada. Digan lo que digan los médicos, todavía no estoy listo para irme.

—Es bueno oír eso —dijo ella con cortesía.

—Nick, ven a colocarme las almohadas para que pueda incorporarme un poco.

—Estás en el ángulo que ha dicho el médico que estés, abuelo.

—Maldita sea, Nick —Ben miró a Tess—. Sabes que eres viejo cuando tu nieto no quiere hacer lo que dices.

Nick sonrió.

—Tu nieto solo intenta que vivas el mayor tiempo posible.

Ben emitió un sonido de descontento.

—Vete a alguna parte y déjanos solos. Tess, tú y yo vamos a tener una agradable charla.

Ella sonrió. Era fácil imaginar a ese anciano cuya vida tocaba a su fin como un joven viril y vital. Solo tenía que mirar a Nick para ver el parecido.

—Me encantaría.

Por primera vez Tess se alegraba de haber accedido a quedarse para conocer a Alma y a Ben. No cabía duda de que para ellos habría sido una gran desilusión que no se hubiese quedado. Pero además tenía la extraña sensación de que se habría perdido algo importante en su vida si no les hubiese conocido.

A pesar de la orden de su abuelo, Nick acercó una silla al otro lado de la cama y se sentó en ella.

Los dedos de Ben se movían ausentemente sobre la sábana. Sus manos y brazos estaban secos y arrugados.

—Nick te ha hablado de su hallazgo, ¿verdad?

—Si se refiere a que ha encontrado el oro de su padre, sí, me ha hablado de ello.

Las lágrimas humedecieron los ojos de Ben.

—Nunca pensé que sucedería. No creía que fuera posible —en silencio, Nick le dio a su abuelo un pañuelo—. No puedes imaginarte lo que desearía que mi padre estuviese vivo. Para él significaría todo.

—Sí, estoy segura —dijo ella, intentando que su tono fuese lo más neutro posible, y evitando mirar a Nick.

El anciano sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe. Nadie lo sabe —pestañeó para retirar las lágrimas de sus ojos—. Cuando el barco se hundió con el oro, la vida de mi padre se convirtió en un infierno. Él había soñado con un gran rancho y tuvo que conformarse con unos míseros acres y una vida de burlas.

—¿Burlas?

—Nadie le creyó cuando dijo que había amasado una fortuna en oro, pero que la había perdido en un huracán. Lo ridiculizaban, y mi padre... bueno, él era un hombre muy orgulloso, demasiado según decía mi madre, y saber que la gente se burlaba de él lo rebanaba por dentro —se detuvo y se secó los ojos.

—No te alteres, abuelo —la voz de Nick revelaba preocupación.

Ben no pareció oírle.

—De alguna manera mi madre consiguió llegar a él y demostrarle que el amor era lo más importante, pero con el tiempo él se puso cada vez peor, encerrado en sí mismo.

—Abuelo, cálmate. Disgustarte no va a hacerte ningún bien.

Ben le hizo un gesto con la mano para que se fuese.

—¿No te había dicho que te fueses?

Nick volvió a recostarse en la silla cuando Alma entraba con dos vasos de té. Le dio uno a Tess y otro a Nick.

—La menta es de mi jardín, Tess.

Alma esperó expectante mientras Tess daba un sorbo.

—Está delicioso. Gracias.

Una sonrisa iluminó el rostro de Alma.

—¿Dónde está el mío? —preguntó Ben con la voz ronca.

—Solo tengo dos manos. Ahora te traigo el tuyo.

Ben miró a Tess, y ella se sorprendió al ver un brillo en sus ojos.

—Otra manera de saber que eres viejo es cuando te dan bebidas descafeinadas casi sin azúcar.

—No le hagas caso, cielo —dijo Alma—. Solo sabe que es descafeinado porque se lo he dicho. La verdad es que, como yo se lo preparo, no nota la diferencia.

—Así es —Ben guiñó el ojo a Tess cuando Alma salió de la habitación—. Dejo que crea que no lo noto, pero la verdad es que sí.

Tess no pudo evitar sonreír.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Casi sesenta años.

—Qué maravilla —dijo ella con sinceridad.

—Ahora, veamos, ¿dónde estaba?

—Me estaba hablando de su padre.

—Ah, sí, mi padre —Ben dirigió la mirada hacia la ventana como si fuese una pantalla donde viese las escenas de hacía mucho tiempo—. Bueno, ya sabes que los niños pueden ser muy crueles, Tess. Oían hablar a sus padres del mío, y me decían a mí las mismas cosas, me tiraban piedras y cosas así. Para ellos estábamos locos —encogiéndose de hombros, miró a Tess—. Muchos de esos niños siguen vivos, y ahora que Nick ha encontrado el oro, juro que voy a vivir lo suficiente para ver como saca los lingotes y los pone en medio de la ciudad y esos hombres que solían tirarme piedras vean lo equivocados que estaban. Quiero que todos ellos sepan que mi padre y yo no mentíamos y que no nos merecíamos la forma en que nos trataron.

—Lo siento —dijo Tess, conteniendo las lágrimas.

—Bueno, no tienes nada que sentir —Ben la miró unos segundos—. Nick dice que podrías detener la excavación por nosotros.

Por primera vez, Tess miró a Nick, pero su expresión permanecía impasible.

—Mm, sí, estoy pensando en ello.

¿Qué otra cosa podía decir?

Ben asintió con la cabeza.

—Te lo agradezco mucho. Sé que ya no voy a vivir mucho, y también sé que no comprendo cómo funciona ahora el mundo o a lo que os enfrentáis la gente joven en vuestra vida profesional. Pero si pudieses encontrar la manera de hacer esto por nosotros, significaría muchísimo para Alma y para mí.

Tess buscó frenéticamente una respuesta evasiva, pero Alma la salvó apareciendo con el té de Ben.

—Aquí tienes, cariño. Como a ti te gusta.

—Gracias, cielo. Ahora siéntate a conocer a Tess. No solo es tan guapa como en las fotos, sino que es una joven encantadora.

Alma se rió.

—No lo he dudado ni por un minuto, conociendo el buen gusto de Nick.

Tess miró a Nick, pero él no revelaba nada.

Alma miró a su marido y pareció no gustarle lo que vio.

—Tengo una idea, Tess. ¿Por qué no sales al jardín conmigo? Cortaremos algunas flores para que te puedas llevar a casa un bonito ramo.

Ben levantó las cejas ligeramente.

—No hagas excesos, Alma.

Nick se levantó.

—Yo acompañaré a Tess.

Alma agitó la mano.

—Siéntate, Nick, y, Ben, relájate. Solo vamos a salir al jardín —se volvió hacia ella—. Vamos, cariño.

Con una sonrisa, Nick volvió a sentarse.

—Será mejor que vayas, Tess. Es imposible hacer cambiar a mi abuela de idea.

Tess se levantó y siguió a Alma.

—Espero que no te importe que salgamos —dijo Alma en cuanto cerró la puerta de la casa tras de sí—. Ben estaba excediéndose y necesitaba descansar.

—No me importa en absoluto.

Tess estaba maravillada de que tras sesenta años de matrimonio se preocupasen tanto el uno por el otro. No recordaba que nadie se hubiese preocupado así por ella, aunque Des había estado dispuesto a acudir en su ayuda. Des. Le preocupaba haber rechazado su oferta. Una oferta por la que solo unos días atrás habría removido cielo y tierra por obtener.

—Tenía un jardín mucho más grande en nuestra casa —dijo Alma mientras caminaban hacia unos bonitos macizos de flores.

—He pasado la noche en su casa. Es un lugar maravilloso.

De nuevo Alma sonrió radiantemente.

—Es lo que siempre hemos pensado. También tenía un huerto allí, pero ya no puedo trabajar tanto como solía.

—No veo por qué tendría que trabajar mucho a estas alturas de su vida —dijo Tess, respondiendo instintivamente a la nota de tristeza que había oído en la voz de la anciana—. Después de todo, los años de retiro son para disfrutar.

Alma se detuvo abruptamente y la miró.

—Pero si para mí nunca ha sido trabajo. Cuidar a mi familia y ocuparme del jardín y del huerto siempre ha sido una alegría para mí. Algún día, cuando tengas tu familia, lo entenderás.

Tess no sabía que decir. Ni siquiera podía imaginarse con una familia como la de Alma, ni mucho menos con un jardín del que ocuparse.

—Empieza con esas rosas de ahí —dijo Alma, dándole unas tijeras—. Eres una joven muy dulce, Tess, pero la verdad es que Ben y yo ya hemos pasado nuestra jubilación. Estamos al final de nuestras vidas, y lo sabemos.

De nuevo Tess se apresuró a tranquilizarla.

—Nadie sabe lo que va a suceder mañana —se agachó a cortar varias rosas blancas, y luego se incorporó para llevarlas al cesto que llevaba Alma.

Esa vez Alma no se molestó en corregirla.

—Me alegro mucho de tener la oportunidad de conocerte, Tess. Siempre supe que una chica extraordinaria haría que Nick dejase de andar por ahí sin rumbo fijo, y puedo asegurarte que esa chica eres tú.

Ella sacudió la cabeza, no deseando que Alma se crease falsas esperanzas.

—Tal vez esté viendo demasiado en nuestra... relación. Nick y yo acabamos de conocernos.

—Tonterías. Conozco a mi Nick —le señaló un grupo de lirios—. Corta algunos de esos. Sobretudo los de color violeta. Son muy especiales. Traje esquejes de nuestra casa. Son de los originales que plantó mi suegra hace años.

—¿Sí? Los he visto esta mañana, y están preciosos.

Alma asintió con la cabeza.

—Es un sentimiento agradable saber que han sobrevivido durante generaciones. Kathie también los tiene en su casa. Y antes de que te vayas, voy a decirle a Nick que te saque un esqueje. Me encantará saber que también pasarán a tus manos, para que tus hijos y nietos los disfruten tanto como las generaciones anteriores.

—Gracias. Es muy amable de su parte.

Tess se sintió abrumada por una multitud de emociones. Para su sorpresa, estaba a punto de echarse a llorar.

—Allí —señaló Alma, esa vez a un grupo de flores amarillas—. Son campanillas de primavera. Quedarán muy bien en tu ramo.

Asintiendo dócilmente, Tess cortó varios tallos de las delicadas flores.

—¿Has tenido oportunidad de ver el campo que rodea nuestra casa?

—Solo un poco.

—Cuando vuelvas, fíjate. Cuando Nick era pequeño, se conocía cada palmo de esas colinas, riscos y arroyos. Y no solo los nuestros. Exploraba tan bien la tierra de nuestros vecinos. Corta también algunas bocas de dragón.

—De acuerdo, pero es lo último. Ya está el cesto lleno, y con lo que he cortado tengo suficiente para hacer un bonito ramo.

Aunque Alma la estaba mirando Tess no estaba segura de que estuviese oyendo lo que le decía.

—A mí me parece que Nick ha estado buscando algo toda su vida. Siempre ha sido un chico inquieto y serio. A la caída del sol aparecía con las manos y los bolsillos llenos del tesoro que había encontrado —Alma sonrió—. Piedras, en su mayoría, que recogía porque eran bonitas, o brillaban, o tenían una forma especial. Yo tenía enormes cestos con sus piedras por todas partes. Muchas eran ágatas, ojos de tigre, y hasta puntas de flechas. Tenía cajas enteras —absorta en sus recuerdos, Alma sonrió—. Después, cuando creció, sus intereses cambiaron, pero seguía siendo tan inquieto y solemne como de niño. Cada vez que tenía oportunidad, se iba a pasear, buscando todavía algo, buscando el tesoro supongo. A nuestro hijo nunca le importó el Águila, pero a Nick... ese chico nació con el sueño de su abuelo en el alma.

—Entonces ahora estará feliz, porque ha encontrado el tesoro.

Alma la enfocó lentamente.

—Sí, ha encontrado el tesoro del Águila, pero ahora está más inquieto de lo que le he visto nunca. No por fuera, sino por dentro. Intenta ocultarlo, pero le conozco muy bien. Antes de que Ben muera, quiere poder darle a su abuelo el sueño de su vida. Ben tuvo que observar impotentemente la constante humillación de su padre, y sufrir el desprecio de los otros niños. Y creo firmemente que, mostrar a la gente la prueba de ese oro es lo que le mantiene con vida.

Alma dejó a Tess sin aliento. Nunca había conocido a una mujer como ella.

—¿Y cree que si Nick hace eso por su abuelo al fin desaparecerá su inquietud?

—Creo que esa respuesta la tienes tú.

—¿Yo? —preguntó ella, sorprendida.

—Nick está enamorado de ti, niña. Para mí está clarísimo. Pero no está claro si tú también lo amas. Espero que sí. Nick está intentando complacer a su abuelo, pero no quiero que sus sueños se pierdan en el camino.

—¿Sus sueños?

—Por supuesto, niña, al final lo que todo el mundo quiere es un amor profundo y duradero, ¿no? —Alma miró el jardín pues Tess se había quedado sin palabras—. Deberíamos entrar ya. Te envolveré las flores para que se mantengan frescas hasta que las puedas poner en agua.

—Gracias.

¿Qué otra cosa podía decir? No podía tranquilizar a Alma de las cosas que la preocupaban. No podía decirle que dejaría de perforar. No podía decirle que el amor iba a allanar la rocosa senda sobre la que caminaban Nick y ella porque no había amor. Nick tenía un alma inquieta que probablemente nunca se sosegaría con amor. Y en cuanto a ella, nunca le habían enseñado a amar.

Mientras Nick arreglaba la casa para irse, Tess llamó a Ron para pedirle que fuese a buscarla al aeropuerto con una bolsa para pasar la noche y su maletín de trabajo. También le pidió que tuviese un avión preparado para salir en cuanto ella llegase.

El vuelo a Corpus Christi fue relativamente silencioso. En cuanto el avión aterrizó, Tess se levantó del asiento y se dirigió a la puerta.

—Espera, Tess.

—Esperaré al pie de las escalerillas.

Abrió la puerta y bajó con su ramo de flores, y con el esqueje de lirios envuelto en papel de estraza. Al pie de las escalerillas se encontró con Ron.

—¿Has podido hacer todo lo que te dije?

Ron asintió con la cabeza.

—El avión está cerca de aquí. Todo lo que me pediste está a bordo, incluido el piloto.

—Excelente. Gracias.

—De nada. Oye, Tess, siento mucho no haber oído tu mensaje. Estaba...

—No importa. Ya ha pasado, y estoy segura de que no volveré a encontrarme en una situación así. Pero por si acaso, la próxima vez que pases la noche fuera, llama por si hubiera mensajes.

—No te preocupes. Ya he aprendido la lección.

—Bien. ¿Puedes llevar por favor estas flores a la casa y ponerlas en un jarrón? —pensó un segundo—. Después ponlas en mi dormitorio. Volveré mañana —le dio el paquete con el esqueje—. Pon estos lirios en la despensa de momento. Mañana los plantaré en una maceta.

—Claro. Ah, me ha dicho que te diga que tal vez no esté despierto cuando llegues.

Ella asintió con la cabeza.

—Entiendo.

Nick bajó por las escaleras. Al ver a Ron, atravesó a Tess con la mirada.

—¿Por qué está aquí?

—¿Ron me das un minuto?

—Por supuesto. Esperaré en la terminal.

Tess esperó hasta que su secretario se alejó.

—Ron está aquí porque yo se lo pedí —levantó la cabeza para mirarlo—. ¿Por qué les dijiste a tus abuelos que yo podía detener la excavación?

—Porque ellos no entenderían un rotundo no. De esta manera, si dices que no, pensarán que has hecho todo lo posible.

—Sabes, Nick, todo se reduce a una cosa. Me estás pidiendo que renuncie a millones para que tú puedas conseguir millones. ¿Es tan difícil de entender?

Ella sabía la respuesta. Para Ben y Alma, el Águila no representaba dinero. Era una reivindicación.

Él la miró con calma.

—Pareces molesta.

Ella se rió.

—Sí, lo estoy. Presentándome a tus abuelos has vuelto a intentar inclinar la balanza a tu favor.

—¿Y ha funcionado?

Ella cerró los ojos un momento. La había puesto en una situación insostenible. Si hacía lo mejor para él y sus abuelos, ella se pondría en una situación desesperada. De hecho acabaría con una gran parte de su vida que para ella era tan vital como respirar.

Por otro lado, si hacía lo que era lo mejor para ella, terminaría con las esperanzas de los abuelos de Nick, y para él sería imperdonable. Además, nunca volvería a verlo.

Tess abrió los ojos.

—Lo intentaré.

—¿Qué significa eso?

—Significa que voy a ver si hay alguna manera de detener la excavación, pero no puedo prometerte nada.

La frustración se reflejó en el rostro de Nick.

—Pero eso depende de ti, ¿no?

—En última instancia, sí, la decisión la tomo yo. Pero... necesito información adicional y solo hay una persona que puede dármela. Entonces y solo entonces te daré una respuesta.

Él sacudió la cabeza.

—Sigo sin entender.

—¿Cómo ibas a hacerlo? —ella sonrió ligeramente—... Sea cual sea mi decisión, te llamaré mañana cuando vuelva.

Él la agarró del brazo antes de que se fuera.

—¿Qué significa cuando vuelvas? ¿A dónde vas?

—Ya te lo he dicho. Necesito ir a hablar con alguien.

—Iré contigo.

—Ni hablar. Tengo que ir sola.

El la miró, intentando leer en ella, pero en eso, ella había sido aleccionada por el mejor.

—¿Por qué? —preguntó él finalmente.

Tess sonrió ante su incomprensión.

—El que me hayas raptado durante casi veinticuatro horas no significa que ahora tengas derecho a entrometerte en mi vida y saber mis idas y venidas.

Lentamente él le soltó el brazo.

—No, supongo que no. Has dicho que me llamarías, ¿no?

Ella asintió con la cabeza.

—En cuanto vuelva a la ciudad, mañana por la tarde.

Él soltó el aire.

—De acuerdo. Estaré esperando.

Capítulo 7

El sol estaba saliendo, tiñendo el cielo de rosa y coral. Envuelta en una manta y tomando a sorbos una taza de café, Tess se mecía en una de las muchas mecedoras que el tío William tenía en el porche. La casa donde sus hermanas y ella habían crecido estaba a un kilómetro de allí, pero Kit era la única que seguía viviendo en ella.

Cuando su padre y su hermano, William, llegaron a esas tierras del oeste de Dallas que se convertiría en el Rancho Doble B, cada uno se construyó una casa. La del tío William era una casa grande de dos pisos con un amplio porche y muchas habitaciones que nadie había usado nunca.

Su padre había construido una casa de dos pisos igual de grande, pero en la que no sobraba nada. Sus líneas eran precisas, y no se malgastaba el espacio, cada habitación tenía una finalidad. Además de su dormitorio, había construido tres habitaciones más, que esperaba que su esposa las llenase de hijos varones. En cambio ella le obsequió con tres hijas y tuvo la mala suerte de morir en un accidente de coche volviendo de compras de Dallas.

Tess dio otro sorbo de café. Podría haber pasado la noche en su casa, en su antiguo dormitorio, pero esa habitación no le inspiraba ningún cariño. Y después de todo, a quien iba a ver era a su tío William.

Ellie asomó su rostro arrugado por la mosquitera de la puerta.

—Estás aquí, niña. Pensaba que tal vez te habrías echado a dormir un rato. Pero debería haberme acordado de que ninguna de vosotras dormís después del amanecer.

Tess sonrió burlonamente.

—Eso es porque nuestro padre no nos dejaba.

—Pues aprendisteis bien su lección —Ellie cerró la mosquitera tras de sí, e instaló su enorme cuerpo huesudo en una mecedora junto a Tess—. Muchos días al amanecer miro por la ventana de mi habitación y veo a esa hermana tuya sobre ese demonio de semental que monta con ese pelo rojo que tiene ondeando tras ella como una bandera.

Tess asintió con la cabeza.

—Nadie puede montarlo excepto Kit.

—Querrás decir que nadie quiere montarlo sino ella. Uy, a mí ese diablo me espanta.

Tess sonrió con cariño.

—Pues que yo sepa, eso es lo único que te da miedo.

Ellie llegó a Doble B en los años cuarenta, cuando era una niña, dispuesta a enfrentarse a lo que fuese, incluyendo las tareas de un rancharo. Pero el tío William, entonces soltero, había decidido que reparar vallas y arrear ganado no era trabajo para una jovencita, para desilusión de Ellie, y la hizo su ama de llaves. Pero no consiguió que Ellie se quedara en casa todo el tiempo. El sol y los años la habían cambiado, tenía el rostro lleno de arrugas, el cabello gris, los hombros caídos, pero seguía conservando toda su fuerza.

Ellie había sobrevivido a los padres de Tess, y a la esposa del tío William. Y parecía como si fuese a sobrevivirle también a él.

—Anoche no tuvimos mucho tiempo de hablar, Ellie. ¿Cómo está mi tío?

—Igual. Como todos nosotros, tiene sus días buenos y sus días malos. Pero te diré algo, sintió mucho perderse tu fiesta.

—Si no se encontraba bien, hizo lo correcto quedándose en casa.

Ellie sacudió la cabeza.

—A él no le gusta oír esto, pero entre nosotras, creo que sus días de viajar han terminado.

—A mí tampoco me gusta oírlo. No quiero ni pensarlo —miró su reloj—. ¿A qué hora suele levantarse?

—Depende de la noche que haya pasado, pero no tardará en despertarse. Iré a prepararle el desayuno. Luego Wilbur lo levantará, lo lavará y lo vestirá, y estará listo para verte.

—Muy bien.

Wilbur era diez años más joven que su tío, pero trabajaba en Doble B desde el principio, y era uno de los dos únicos hombres a quien su tío dejaba que lo ayudase. El otro era Des.

—¿Por qué no entras conmigo y me cuentas cosas, sobretodo de esa fiesta tuya.

—Dentro de un momento, cuando me tome el café.

En cuanto estuvo sola de nuevo, Tess volvió la mirada al horizonte. El sol se había elevado sobre él, con su brillante bola dorada llena de promesas para un nuevo día. Y mirando al sol supo sin ninguna duda que Nick también estaba despierto.

—Buenos días, Tess —dijo Wilbur, empujando la silla de ruedas de su tío a la amplia habitación inundada por el sol de la mañana, donde su tío tenía su despacho.

—Buenos días Wilbur. Buenos días, tío William.

Wilbur acercó a su tío a la mesa. Luego, con una inclinación de cabeza y una sonrisa a Tess, se fue.

—Me alegro mucho de verte, Tess. Cuando no pude asistir a la fiesta, temí que pasase mucho tiempo antes de volver a verte.

Tess rodeó la mesa y besó a su tío.

—Te eché de menos, pero entendí perfectamente por qué no fuiste.

—Pues yo no lo entendí en absoluto —gruñó él—. Fue ese maldito médico que tengo. Si no fuese por lo bien que lo paso discutiendo con él, contrataría a otro —se detuvo cuando Ellie entró con un platito lleno de medicinas, que él ignoró intencionadamente, y un vaso de zumo de naranja—. Y supongo que ese hijo mío tampoco apareció, ¿no?

—No, no fue —Tess acercó una silla a un lado de la mesa—. ¿Cómo estás?

Buscó signos de empeoramiento en su rostro desde la última vez que estuvo allí, pero felizmente no encontró ninguno.

—Estoy bien, estoy bien. Voy a sobrevivir a ese doctor solo para demostrar que estaba equivocado en sus pronósticos.

Ella se rió de alegría. En ese momento, creía que su tío viviría para siempre. Parecía el mismo hombre gigante con su vozarrón, su inmensa fuerza y su mente brillante. Su padre había nacido con las mismas características, pero desafortunadamente, en él no había habido lugar para el afecto, la risa ni el humor.

—No sabes lo feliz que me haces.

Él la tomó la mano.

—Tú, tus hermanas y Des me mantenéis con vida. Todavía me necesitáis y mientras eso sea así, estaré aquí para vosotros.

Tess parpadeó para contener las lágrimas.

—Gracias, pero deberías saber, que nunca llegara el día en que no te necesitemos.

Él se rió.

—Eso es música para los oídos de un anciano, aunque sepa que no es verdad. Pero en cualquier caso, vayamos a la razón por la que estás aquí. ¿Tiene que ver con tu pozo? ¿O con ese hombre que me dijo Des que te raptó?

Ella hizo una mueca, deseando que Des no lo hubiese puesto así, aunque fuese cierto.

—Tiene que ver con las dos cosas. Y también con el testamento de mi padre.

Él le soltó la mano y se recostó en la silla de ruedas.

—Cuéntame.

Ella lo hizo. Le habló del pozo, de como presentía que podía ser el más rentable de todos sus pozos, pero que no podría saberlo hasta que no encontrasen el petróleo y empezasen a extraerlo. Entonces le habló de Nick, de su familia y su historia, y de la esperanza de su abuelo de utilizar el tesoro como reivindicación, explicándole su estado de salud y la petición de Nick de que detuviese la excavación durante tres meses.

Cuando se quedó en silencio, su tío soltó el aire lentamente.

—Bueno, veo tu problema. Y también veo algo más. Estás enamorada de ese Nick Trejo.

Ella abrió la boca para decirle que se equivocaba, pero volvió a cerrarla. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Amaba a Nick. Lentamente asintió con la cabeza.

—Sí, me temo que sí. Pero a no ser que encuentre un modo de darle lo que quiere, nunca me corresponderá.

El tío William levantó sus cejas grises.

—Si su amor depende de que le concedas lo que quiere, entonces no merece la pena tenerlo.

—Tal vez sería más exacto decir que independientemente de como salgan las cosas, dudo que él llegue a amarme.

—En ese caso, parece que va detrás de ti por dos razones. Porque eres una mujer inteligente y guapa y te desea físicamente...

—Yo no he dicho...

—Ni tienes que hacerlo. Y porque quiere que dejes de perforar. Pero eso tú ya lo sabes. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero hablar del testamento de mi padre y de la cláusula que establece que a menos que haya ganado su idea de una fortuna a los diez años de su muerte, perderé mi parte de la compañía —Tess se sujetó la cintura como para reconfortarse—. Sabes tan bien como yo que la cifra que nos exigió mi padre a mis hermanas y a mí es casi imposible de conseguir.

—Pero por lo que me has dicho, ese pozo va a ponerte en la cima, aunque no te queda mucho tiempo.

Ella asintió con la cabeza.

—Tío William, me juego todo lo que tengo en esto. Aún así me llevará meses estar segura.

Su tío William la miró con gravedad.

—Y solo te quedan menos de diez meses para hacerlo.

—Exacto, pero es factible —se inclinó hacia delante, con la excitación que sentía por el nuevo pozo en la voz y en la expresión—. Si tengo suerte, daremos con el petróleo dentro de un par de meses, y luego tendré ocho meses para extraer suficiente petróleo como para alcanzar la cifra que necesito. Pero eso si no tengo retrasos y perforo veinticuatro horas al día, siete días a la semana. El problema es que entiendo lo que Nick intenta hacer, y me encantaría poder concederle el tiempo que necesita.

Tess se levantó, empezó a pasearse por la habitación, y continuó:

—Lo que espero de ti es poder interpretar el testamento de mi padre de otra manera. Por ejemplo, si encuentro petróleo, pero el pozo no ha producido suficiente para la fecha establecida por mi padre, ¿podrá considerarse su potencial?

Él suspiró.

—Ojalá pudiera decirte que sí, cariño, pero tu padre fue muy claro en eso. Hicimos juntos nuestros testamentos, y yo le aconsejé que no pusiese esa cláusula, pero él era muy insistente. Lo veía como una manera de hacer que las tres demostraseis que os merecíais vuestra parte de la herencia de la compañía.

Tess bajó la cabeza, intentando ocultar las lágrimas que ya no podía contener.

—Para demostrar que nos lo merecíamos. Para cualquier otro hombre, el amor de sus hijas habría sido suficiente —se acercó a una ventana y

miró ciegamente por ella—. Nos controló en vida, y nos sigue controlando ahora que ha muerto. La mayoría de los niños anhelan sus cumpleaños, pero para nosotras solo significaban más responsabilidades, más retos, más metas que lograr.

—Sí, lo sé —dijo su tío con la pesadumbre en la voz—. Nunca he conocido a un hombre que deseara tanto tener hijos varones. Y cuando llegasteis vosotras, decidió que debía endureceros.

—Y no olvides la competitividad. Hoy, Kit, Jill y yo llegaríamos hasta donde fuese por superar a las otras.

—Lo sé, cariño.

—Y mientras vivía, trabajamos hasta que estábamos exhaustas con tal de complacerlo, y luego apenas nos lo reconocía. Era casi como si deseara que fracasásemos —Tess miró a su tío—. ¿Era así?

—Tal vez —dijo su tío en tono reticente—, de alguna forma retorcida, él quería demostrar que tenía razón al pensar que los hijos eran superiores a las hijas.

—Pues no sé Kit y Jill, pero yo llevo toda la vida demostrándole que se equivocaba.

Él suspiró profundamente.

—No sé las veces que discutí con él por el modo en que os trataba. Pero en lo referente a sus hijas, él me ignoraba.

Ella se aproximó lentamente a la mesa.

—Dime algo, tío William. Tú le conocías mejor que nadie. ¿Honestamente crees que nos quería?

Él meditó unos instantes la pregunta.

—Es difícil decirlo con seguridad, pero a su manera, sí, creo que sí. Si no, os habría dejado a vuestro aire, sin importarle lo que hicierais.

—Qué forma más horrible de querer —Tess se secó las lágrimas de los ojos—. Jill ya ha demostrado de sobra que se merece su parte de la compañía, y a Kit todavía le quedan dos años.

—Jill ya ha alcanzado la cifra porque el mercado inmobiliario está en auge —la observó un momento—. Ojalá pudiera ayudarte en esto, pero el testamento es muy claro. Tienes que conseguir el dinero tú sola. Sin ayuda.

—Lo sé.

—¿Y qué vas a hacer?

Ella apretó los labios.

—No tengo elección.

—Eso no es totalmente cierto, sabes. Incluso si perdieras tu parte de la compañía, todavía podrías dirigir tu división.

—Sí —dijo ella alicaídamente—, y no sería más que una empleada. Además de a ti y a Des, tendría que rendir cuentas a Jill y a Kit. Y eso sería completamente intolerable para mí —sacudió la cabeza—. No, gracias a mi padre, solo puedo ir en una dirección. Mi parte de Barón Internacional es mi legado, mi derecho. Me destrozaría perder mi parte del negocio familiar, y voy a hacer lo que tenga que hacer para conservarlo.

Capítulo 8

Tess se dirigió distraídamente a las puertas francesas abiertas de su dormitorio, que daban a la terraza. Sobre un cielo negro, oscuros nubarrones grises se amontonaban sobre el golfo.

Los relámpagos surcaban el horizonte. Los truenos retumbaban a lo lejos. El viento arreciaba por minutos. Se preparaba una tormenta, y la turbulenta atmósfera acompañaba a su inquieto y oscuro humor.

Nick. ¿Dónde estaría? Si le hubiese llamado como le había prometido lo sabría. Pero era una cobarde, y estaba intentando retrasar todo lo posible el momento en que tendría que decirle que no.

Dando un sorbo a su vaso de vino de Borgoña, se recostó en la puerta y levantó la cara al viento húmedo. Aunque esa tarde había trabajado al mismo ritmo frenético de siempre, su mente había estado en la conversación que había tenido con su tío William y el hecho irrefutable que le había golpeado directamente entre los ojos.

Amaba a Nick.

La idea la dejaba atónita. Ella ni siquiera sabía cómo amar, tal vez porque nunca se había sentido realmente amada. Y nunca había estado enamorada.

Empezaron a caer gotas de lluvia, salpicando la terraza. El ligero caftán color marfil que se había puesto después de trabajar empezó a mojarse. No le importaba.

La lluvia estaba fresca. Su piel estaba caliente. Deseaba a Nick.

Deseaba verlo, tocarlo, hacer el amor con él como casi habían hecho la noche anterior. Y deseaba abrazarlo y besarlo hasta que los dos olvidasen que sus vidas iban en diferentes direcciones y que nunca tendrían un futuro juntos.

Podía no saber nada del amor, pero aprendía pronto. El amor dolía, y no podía hacer nada. No podía confesarle a Nick su amor. Permanecería en su corazón, un corazón roto, durante el resto de su vida.

Maldijo a su padre.

Tess suspiró profundamente. Debería haber llamado a Nick esa tarde, como le había prometido. Solo estaba prolongando lo inevitable. Pero

necesitaba ese tiempo, ese respiro, en el que pudiese decirse que Nick no la odiaba. Todavía no, por lo menos.

Nick surgió de la oscura lluvia. El agua resbalaba por su pelo, su rostro, sus brazos. Tenía la ropa empapada, pegada a su duro cuerpo. Se detuvo a escasos metros de ella. La furia y el calor invadían su mirada cuando la recorrió de arriba abajo hasta sus pies desnudos. En ese instante parecía parte de la tormenta... feroz, primario, peligroso.

—No me has llamado.

Incapaz de apartar la mirada de él, Tess sacudió lentamente la cabeza.

—Ha sido un día agotador y yo...

—Maldita sea, Tess —su profunda voz retumbó sobre ella como un trueno—. Sabías que estaba esperando.

—Lo siento muchísimo...

—Tu respuesta es no, ¿verdad? ¿Verdad? Y por eso no me has llamado.

—Nick, he intentado...

—Maldita seas —se acercó lentamente hacia ella—. Maldito sea yo. Maldita sea nuestra situación —al llegar a ella, extendió el brazo y lo apoyó en la puerta sobre la cabeza de Tess—. Y lo peor de todo es que en este momento, no me importa.

A ella tampoco. No le importaba nada excepto sus ansias de él, de que envolviese cada parte de su cuerpo. Al día siguiente le importaría. Pero no esa noche.

Él hundió su cuerpo contra el de ella hasta que la aprisionó contra la puerta. Entonces aplastó su boca sobre la de ella e introdujo la lengua profundamente en su interior.

Ella dejó a un lado toda restricción, obligación o reserva y, poniéndose de puntillas le rodeó el cuello con los brazos y correspondió a su beso con todo el entusiasmo y amor que poseía.

No importaba si él no la amaba. Ella a él sí, y por esa noche era suficiente.

La furia de la tormenta continuó, la lluvia empapaba su pelo y su piel. Pero el fuego interno aumentaba, desconcertándola, invadiéndola hasta que fue todo pasión y necesidad. Nick la besaba en los labios, en la cara, en el

cuello, como si estuviese absorbiendo la lluvia y el sabor de ella, y ella hizo lo mismo con él, lamiéndole el cuello y la cara. Estaba ávida de él.

Nick cerró una mano sobre uno de sus senos; entonces, agachándose, se introdujo en la boca uno de los pezones a través de la tela mojada y transparente, y lo succionó con fuerza. Ella echó hacia atrás la cabeza, y gimió suavemente. Se sentía indefensa ante el ataque de las ardientes sensaciones que se sucedían. Y cuando pensaba que había alcanzado la cima del placer, él le demostró que se equivocaba, introduciéndose el otro pezón en la boca, soltándose un poco para luego succionarlo una y otra vez hasta casi hacerla enloquecer de deseo.

El fuego la invadió hasta el punto de que ya no sentía la lluvia sobre su piel.

—Nadie nos detiene —susurró ella, deslizando los dedos por el pelo de Nick hasta los botones de su camisa, y empezando a desabotonársela.

Él levantó la cabeza y la miró con brillante pasión.

—Nadie nos detiene —murmuró él, y la besó una vez más con una necesidad que igualaba a la de ella.

El bajó las manos hasta sus muslos, y enrolló la húmeda tela del caftán. Apartando la boca de ella, le sacó la prenda por encima de la cabeza y la arrojó al suelo inundado de la terraza. Entonces volvió a besarla con desesperación.

El mundo giraba a su alrededor cuando Tess abrió la camisa de Nick, cerrando inmediatamente la boca sobre uno de sus rígidos pezones.

Con un fuerte gemido él introdujo los dedos en el cabello de Tess y le sujetó la cabeza contra él. Fascinada, Tess le mordisqueó el pezón y luego hizo círculos a su alrededor con la lengua, lamiendo la lluvia y a él. No sabía que el pezón de un hombre pudiese ser tan erótico.

Sin previo aviso, él se arrodilló delante de ella. Sus manos le agarraron las nalgas desnudas, acariciándoselas, mientras hundía la lengua en su ombligo, bebiendo de ella. Entonces lentamente, abrasadoramente, deslizó la boca hacia abajo.

Tess se alegró de tener el apoyo de la puerta. Sintió que se le doblaban las piernas, mientras un maravilloso e insoportable dolor crecía entre sus piernas.

Actuando por puro instinto, separó las piernas. Había tenido relaciones un par de veces, nada memorables, y creía que estaba preparada para el sexo. Pero no lo estaba en absoluto.

Los dedos de Nick separaron los pliegues que guardaban su parte más íntima; entonces empujó la lengua contra el sensitivo punto. El placer la atravesó como una descarga eléctrica, y gritó.

—¡Oh, Nick!

El viento y la lluvia absorbieron sus palabras mientras la lengua de Nick la acariciaba. Ella apretó los dedos en su pelo, llegando a un intenso orgasmo.

Con fuertes estremecimientos su cuerpo absorbió la dulzura y el calor del éxtasis. Pero antes de que tuviera tiempo de recuperar el aliento, él se enderezó y la levantó. Ella lo envolvió con las piernas y los brazos.

Nick se dirigió al dormitorio. Allí, sobre su cama, Tess apenas podía soportar la espera. Tumbada de espaldas, con la sensibilidad agonizantemente a flor de piel. Una lamparilla de noche iluminaba la habitación, junto a algún relámpago ocasional. Intentó concentrarse en respirar mientras observaba a Nick desnudándose.

Era magnífico. Firmes músculos se tensaban bajo su bronceada piel. Aparecieron cicatrices que ella no había podido ver antes, pero que en ese momento deseaba tocar. Un vello negro cubría su pecho y bajaba hasta sus ingles, donde su sexo vibraba de energía.

La atravesó una nueva oleada de deseo y, como si él pudiera sentir lo que ella sentía, su mirada ámbar abrasó su piel.

Nick se colocó sobre ella, con la respiración era agitada, el cuerpo duro y el rostro tenso de intensidad. Ella esperaba que la penetrase enseguida, lo deseaba, lo necesitaba. Sin embargo él se quedó mirándola fijamente.

—Nick —susurró ella suplicantemente—. Por favor. Oh, por favor.

Con la mandíbula apretada, él bajó las caderas y se introdujo profundamente en ella. Un intenso estremecimiento agitó su cuerpo, un estremecimiento que ella sintió en su interior y que casi le provocó otro orgasmo. Con un débil gemido, lo rodeó con piernas y brazos y lo abrazó lo más fuerte que pudo. No se imaginaba que sentiría algo tan maravilloso teniéndolo dentro. Era una locura. Era un profundo éxtasis de satisfacción.

Nick entraba y salía de ella como un hombre fuera de control y ella seguía su ritmo mecánicamente, levantando y ondulando las caderas, intentando tenerlo más y más dentro.

Él le tomó una de las manos y entrelazó sus dedos con fuerza. Mientras un ronco sonido salía de él, Nick aceleró el ritmo. Los dos se tensaron, con urgencia, frenéticamente, casi locos de la dulce agonía del placer.

Entonces sucedió. Ella arqueó la espalda al llegar al orgasmo y un ardiente éxtasis la elevó sobre un desconocido precipicio. Al mismo tiempo, Nick se sacudió con su propia culminación. Y como si se lo hubiese prometido con su ardiente mirada ambarina, esa vez volaron juntos.

Una débil lluvia caía sobre la terraza. El único sonido que oía Tess era la respiración irregular de Nick que estaba tumbado a su lado. No estaba dormido. Les separaban apenas unos centímetros, pero parecían kilómetros.

La invadió la tristeza. Sintió un escalofrío y se echó la sábana por encima. Habían agotado su pasión. Ya no había nada entre ellos, solo un vacío que no se podía llenar.

—Supongo que debería haber cerrado las puertas —dijo ella con la voz suave—. La alfombra debe de haberse empapado.

—Dime una cosa —dijo él con la misma voz suave pero en un tono duro que hizo que a Tess se le helase la sangre—. ¿Cuándo pensabas darme la noticia?

Ella lo miró.

—Mañana. Iba a llamarte mañana sin falta.

—¿Igual que ibas a llamarme sin falta cuando volvieses de tu misterioso viaje?

No había nada que ella pudiese responder a eso. Ya había admitido que era una cobarde.

—¿No me respondes, Tess? De acuerdo, entonces dime otra cosa.

Ella se puso tensa ante la repentina brusquedad de su voz.

—¿Qué?

—¿He tenido alguna posibilidad en algún momento?

Tess suspiró.

—Pensé que podía haber una posibilidad, pero no —ella sacudió la cabeza—. Lo he intentado, Nick. De verdad que lo he intentado.

Él dobló la almohada debajo de su cabeza.

—De acuerdo.

—Mira, es inútil que sigamos hablando de esto. Lo he intentado, pero no ha salido como yo esperaba.

—¿Qué tenía que salir, Tess? Todo lo que tienes que hacer es decir que paren.

—No es tan fácil. Es mucho más complicado de lo que te imaginas.

Él se levantó sobre un codo y la miró.

—¿Por qué? Tú eres la baronesa del petróleo y tienes dinero de sobra. ¿Qué es tan difícil? Dejas de perforar durante tres meses, dos si me apuras. Y después de ese tiempo, continúas. No puedes estar tan mal de dinero como para que esa espera sea tan perjudicial para tu economía.

Ella se sentó, apiló las almohadas detrás de ella y, cubriéndose con la sábana, se recostó en ellas.

—Tú no lo entiendes, Nick.

Ella sacudió la cabeza. No había manera de que estuviesen de acuerdo en eso.

Él se sentó a su lado, sin preocuparse por la sábana.

—Estoy esperando.

Ella frunció el ceño.

—¿El qué?

—Una explicación.

—Ya hemos hablado bastante de este tema, Nick. Es inútil continuar, porque no hay nada más que decir. Tienes que aceptarlo.

—Te equivocas. No tengo que aceptarlo. Si seguimos hablando de ello tal vez lleguemos a un acuerdo.

Ella habría sonreído de no haber sentido tantas ganas de llorar.

—Mira Nick, ninguna explicación que te dé va a convencerte. Para ti no hay nada más importante que colocar el oro en medio de Uvalde antes de que tu abuelo muera.

—Tienes razón. Pero lo que me gustaría saber, Tess, es qué razones tienes que puedan ser más importantes que eso.

—Nada que pueda convencerte.

La sábana apenas le cubría a Nick hasta las ingles, dejando todo lo demás al descubierto. Recuerdos del éxtasis que acababan de compartir volvieron a ella y su corazón empezó a latir con fuerza.

—Inténtalo —dijo él, haciéndole volver al tema.

Molesta e inquieta, ella sujetó la sábana con una mano, y con la otra hizo pliegues por los bordes.

—No puedo detener la excavación, Nick. No puedo, y no me lo vuelvas a preguntar.

Ella se levantó de la cama, llevándose la sábana y, envolviéndose con ella, se dirigió a las puertas que daban a la terraza. Sintió el aire húmedo sobre su piel caliente. Se abrazó a sí misma ante lo que él diría a continuación, pero solo oyó el suave murmullo de la lluvia.

—¿No vas a decir nada?

—No.

Ella miró por encima de su hombro con curiosidad.

—¿Por qué?

—Acabas de decirme que deje de pedirte que detengas la excavación y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—¿Y ya está?

—Ya está.

Ella apenas podía creer que él finalmente accediese a dejar el tema. Por un lado se sentía como si se hubiese quitado un peso de encima. Solo que... sin el conflicto, ya no habría razón para que él la buscase.

—¿Y qué va a pasar con el Águila? ¿Crees que la tormenta lo habrá dañado?

—Espero que no, pero hasta mañana no lo sabré seguro.

Ella se volvió.

—¿Qué quieres decir? No pensarás volver a sumergirte.

—Claro que sí. Tengo que llegar hasta el barco, y está en aguas bastante profundas.

Ella se acercó lentamente hacia él.

—Pero acabo de decirte que no voy a dejar de perforar. Eso significa que es demasiado peligroso sumergirse allí.

—Lo sé.

—Y sabiéndolo, ¿vas a hacerlo?

Él la miró fijamente.

—No tengo elección, Tess. Ese oro es demasiado importante para mi abuelo, y con su salud, no puedo perder tiempo.

Ella se sentó en el borde de la cama.

—Eso ya lo sé. Pero por mucho que él lo quiera, ¿querría que arriesgases tu vida rescatándolo?

—No si lo supiese.

Él se levantó de la cama y se puso los calzoncillos, y luego los pantalones vaqueros. A ella se le cayó el alma a los pies. Estaba preparándose para irse.

Se echó sobre la cama para observarlo.

—Mira, no sé mucho de inmersiones, pero sí sé que es muy peligroso, y que si intentas salir demasiado deprisa...

Él asintió con la cabeza.

—Es cierto.

Nick se sentó en la cama y se puso los calcetines y los zapatos, y se dirigió tranquilamente a la puerta de la terraza.

—Y he oído algo llamado éxtasis... éxtasis de las profundidades.

—Narcosis de nitrógeno.

—Lo que sea. Pero he oído que sientes un gran bienestar, como si estuvieses drogado. Pero mueres porque el nitrógeno te envenena.

Él apoyó un brazo en el marco de la puerta.

—Sí, así es.

—Maldita sea, Nick. ¿Estás oyendo lo que estoy diciendo?

Con toda tranquilidad, él se volvió hacia ella.

—Cada palabra.

Ella se levantó de la cama.

—Y sabes los peligros que puede provocar mi plataforma. Por eso viniste a mí.

Él arqueó las cejas.

—¿Qué intentas decirme?

—Lo que intento decir, maldita sea, es que no tienes derecho a arriesgar tu vida así.

—Casi suena como si te importase.

Ella tuvo que esperar varios latidos antes de contestar, para no mostrarle sus sentimientos.

—Claro que me importa. Me preocuparía igual por cualquiera de las personas que conozco.

El se quedó ahí de pie, mirándola durante lo que pareció una eternidad. ¿Habría adivinado que lo amaba?

—Lo siento, Tess.

La furia y aspereza de su voz había desaparecido.

—¿Lo sientes?

Él señaló la cama.

—Nunca pretendí que sucediese —él sacudió la cabeza—. He intentado condenadamente contenerme. Hace dos noches, en la casa, casi...

—Lo sé.

—Por si tienes alguna duda, detenerme fue una de las cosas más duras que he tenido que hacer en mi vida.

Ella sacudió la cabeza.

—También fue duro para mí, pero yo...

—Sé lo que pensabas. Temías que estuviese utilizando el sexo para conseguir que accedieses a lo que yo quería.

—Pensaba un montón de cosas.

—No es cierto, Tess. No lo era entonces, y no lo es ahora.

—No importa la razón que fuese —dijo ella cansinamente—. Tarde o temprano iba a ocurrir. Y eso no me hará cambiar de opinión.

—Lo sé. Lo he sabido todo este tiempo —él se pasó una mano temblorosa por el pelo aclarado por el sol—. La cuestión es, Tess, que

desde el principio, te he deseado demasiado. Todavía te deseo... muchísimo.

Ella sintió que empezaba a temblar.

—¿Puede desearse demasiado?

—En nuestro caso, sí. Porque si quitas el sexo y dejas sólo el tema de si dejarás o no de perforar, no hay manera de que los dos podamos ganar. Diablos, ni siquiera podemos transigir.

—Lo sé —Tess se miró las manos—. Pero si sirve de algo, yo siento lo mismo... en lo de desearte demasiado.

—Sí —dijo él quedamente, nublándosele la mirada de pasión—. Sirve.

Lentamente se dirigió hacia ella y, con toda naturalidad, Tess extendió los brazos hacia él. Y mientras la llevaba de vuelta a la cama, la sábana se deslizó lentamente de su cuerpo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, estaba sola.

Capítulo 9

Ron asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—Jill por la línea dos.

Tess casi gimió. Ya estaba de bastante mal humor. Lo que le faltaba era una llamada de su hermana para empeorarlo.

—Gracias, Ron —descolgó el teléfono—. Buenos días, Jill. ¿A qué debo este inesperado placer?

—He oído que estuviste en peligro.

—¿En peligro?

—Oh, vamos —dijo Jill impacientemente—. No te hagas la tonta. Hiciste que te secuestraran para que Des acudiese en tu ayuda.

—Ah, ya, eso. Bueno, no fue exactamente un secuestro.

—Me han dicho que sí.

—Fui por mi propia voluntad, pero una vez allí, me retuvieron hasta el día siguiente —giró la silla para poder ver el golfo por la ventana; Nick probablemente estaría en el fondo del mar—. Fue una de esas cosas que tienes que vivirlas para entenderlas.

—Aja. Pues lo que yo entiendo es que te pusiste en esa situación para que Des fuese a ayudarte.

Tess sonrió lentamente.

—Pareces molesta. ¿Qué ocurre? ¿Estás celosa de que no se te ocurriese a ti la idea?

—Francamente, sí.

Tess se rió entre dientes.

—Pues no tienes que preocuparte. Rechacé la oferta de ayuda de Des.

—Eso he oído. ¿Por qué?

—Porque no estaba en peligro.

—De todas formas, Tess, dejaste pasar una oportunidad de oro de que Des fuera todo tuyo, y no entiendo por qué, a no ser que sea parte de tu plan.

—No puedo explicártelo, Jill, pero entérate de esto. No tengo ningún plan para conseguir a Des, ni antes, ni ahora.

Durante unos minutos hubo silencio.

—Fue ese tipo de tu fiesta, ¿verdad? ¿Con el que bailaste?

—El mismo.

—Era interesante, de acuerdo, pero, Tess... Des.

Para animarse un poco, Tess decidió provocar a Jill.

—¿Eh, no se te ha ocurrido que tal vez estaba utilizando la antigua estratagema de hacerme la dura?

—¿Fue así?

—Lo siento, pero mis métodos son secretos. Pero diría que Des se preocupó mucho por mí. De hecho me dijo cosas que nunca me había dicho antes. Cosas muy agradables.

—Zorra.

Ella casi se rió en voz alta.

—Vaya, Jill, qué lenguaje.

—Qué importa mi lenguaje. Tienes peores problemas. Ya que parece que no vas a lograr cumplir las condiciones del testamento, obviamente tienes todas tus esperanzas puestas en Des. Pero yo no lo haría si fuese tú. El juego todavía no ha terminado.

—¿Qué quieres que te diga, Jill? —preguntó Tess, infundiendo alegría a sus palabras— Estás en lo cierto. Bueno, que tengas un buen día. Adiós.

Tess colgó el teléfono y dejó caer la cabeza entre las manos. La euforia de haber molestado a Jill se desvaneció más rápidamente de lo que esperaba. No debería haberlo hecho, pero era una costumbre de toda su vida, estimulada por su padre.

¿Cómo sería tener una relación tan estrecha con sus hermanas como la de Nick y Kathie? Después de todo, Jill y Kit eran las únicas personas en el mundo que entendían realmente las presiones bajo las que habían crecido.

Intentó imaginarse una situación de armonía entre ellas, pero no pudo. Aún así se preguntó si sería posible que encontrasen una manera de llevar una relación amigable.

Sería duro, sin duda, pero una vez oyó que un largo viaje se inicia con un paso. Giró la silla hacia su mesa y puso la mano en el teléfono. Si

llamaba a Jill y se disculpaba por intentar molestarla, podía ser un buen primer paso.

El teléfono sonó bajo su mano y dio un respingo.

—Es Vega —le dijo Ron desde la habitación de al lado.

Tess respiró hondo para tranquilizarse, y descolgó el teléfono.

—Buenos días, Jimmy. Dame buenas noticias.

—Eso iba a hacer. La tormenta no nos ha afectado.

—Estupendo. ¿Eso significa que el fondo del océano tampoco ha resultado afectado, verdad?

—En tal caso, mínimamente. ¿Por qué?

—Un conocido mío está haciendo inmersiones cerca de allí.

—Ah, sí, he visto el barco de apoyo cuando volaba. ¿Para qué son las inmersiones?

—Hay un naufragio allí abajo en el que está interesado y está en una situación precaria, sobre una pendiente. Si ocurre algo en nuestra plataforma que pudiese afectar al barco, comunícamelo, ¿quieres?

—Claro. Te mantendré informada.

—Lo sé, gracias.

Tess pasó el resto del día acelerada como siempre, tomando decisiones, leyendo informes, resolviendo problemas. Pero por muy ocupada que estuviese, no podía olvidar a Nick ni la noche que habían pasado juntos. En lo referente al sexo, Nick era un maestro, un mago, aunque no la amase.

Para él había sido sexo. Para ella, había sido amor. Aún así, los dos habían experimentado la misma sensación de plenitud y satisfacción, esa clase de emociones que no pueden fingirse.

Y entonces, mientras ella dormía, se había ido, sin una palabra ni una nota, ni ninguna señal de que volvería alguna vez.

Cuando el día iba tocando a su fin, dio permiso a Ron para que se fuese temprano con su novia, pero ella siguió trabajando hasta que tuvo la vista borrosa y le dolían tanto los hombros que no tuvo más remedio que parar.

Una vez en su dormitorio, se desvistió lentamente, y se sumergió en un baño caliente y fragante, apoyó la cabeza y cerró los ojos. No sabía lo que era el dolor hasta que se despertó esa mañana, sola. Y no sabía como hacer que el dolor desapareciese.

El olor perfumado del agua le llevó a Nick a través del dormitorio hasta el cuarto de baño. Al ver a Tess se quedó sin respiración, paralizado. Estaba en la bañera, con los ojos cerrados, los brazos flotando en el agua oleosa aromatizada y las piernas estiradas. Parecía relajada, pero no completamente.

Su piel brillaba con un ligero tono rosado. Tenía el cabello rubio recogido en lo alto de la cabeza, pero algunos mechones se habían soltado, y la humedad los había convertido en pequeños y seductores rizos. Sus pechos sobresalían del agua, con los pezones tan tiernos que casi podía saborear su dulzura.

Tuvo que controlar la necesidad de arrodillarse junto a la bañera e introducirselos en la boca uno a uno.

No tenía intención de volver esa noche.

Sinceramente, había pocas cosas que no haría para que el sueño de su abuelo se hiciera realidad. Pero jamás haría daño a Tess intencionalmente.

Y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Ella se lo había puesto demasiado fácil. Era totalmente deseable. Respondía a sus besos con el fuego de alguien a quien nunca han besado de verdad. Y cuando habían hecho el amor, había ardido de pasión, arrastrándolo con ella. Pero no había sido suficiente. Quería más.

Tess abrió los ojos y levantó la vista hacia él. Inmediatamente su expresión se tornó cautelosa.

—No creía que volverías.

—Para ser honesto, yo tampoco estaba seguro. Pero resulta que... tenía que volver.

Ella vaciló. Entonces, lentamente, extendió los brazos hacia él.

—Ven.

Él empezó a quitarse la ropa, incapaz de hacerlo suficientemente deprisa. Sabía que llegaría el día en el que pagaría por sus ansias, pero en

ese momento solo podía pensar en la devoradora necesidad de ella. Se deslizó dentro del agua perfumada, y dentro de ella.

A la mañana siguiente, Ron contestó el teléfono, y la llamó.

—Es Kit.

Tess sonrió. Probablemente la noticia de que Des le había ofrecido ayuda ya había llegado a oídos de su hermana pequeña. Recordando sus pensamientos de intentar mejorar la relación con sus hermanas, decidió ser agradable.

—Buenos días, Kit. ¿Cómo estás?

—Deja de hacerte la simpática conmigo. Me he enterado de tu artimaña con Des.

—No fue una artimaña, Kit. Además, no tienes que preocuparte. Rechacé su oferta.

—Pero hiciste que pensase en ti, que ya es bastante.

Tess iba a empezar a defenderse automáticamente, pero Kit parecía demasiado desdichada.

—¿Kit, qué ocurre?

—Oh, pues, Tess, no sé. ¿Qué podía ir mal? Tengo el mejor trabajo del mundo, llevando este rancho, y no podría ser más feliz.

—¿Entonces porque pareces tan infeliz? ¿Estás preocupada por el testamento?

—Ese estúpido testamento es lo último que me preocuparía.

—Vale —obviamente Kit se había levantado con el pie izquierdo—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Sí. Deja en paz a Des.

—De acuerdo.

Hubo un pasmoso silencio al otro lado.

—¿Acabas de aceptar dejar de perseguir a Des?

—Yo nunca he perseguido a Des, Kit, pero sí, básicamente eso es lo que acabo de aceptar.

—¿Por qué?

—He decidido que si puedo cumplir las exigencias del testamento, estaré perfectamente satisfecha con la sexta parte de la compañía.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, Kit, de verdad que no. Va a ser una dura batalla cumplir las condiciones de nuestro padre, pero creo que podré conseguirlo. Y después de eso, no quiero librar ninguna batalla más. Seré feliz.

—Si hablas en serio, es lo más sorprendente que he oído nunca.

—No podría hablar más en serio. ¿Algo más?

—No, supongo que eso es todo. ¿Pero, Tess?

—¿Sí?

—Buena suerte.

Tess sonrió. El tono de Kit había sido algo reacio, pero le había deseado buena suerte.

—Gracias. Ya hablaremos.

—Sí, claro. Adiós.

Tess colgó, todavía sonriendo.

El teléfono volvió a sonar. Esa vez era Jimmy Vega.

—Hola, Jimmy.

—Hola. Solo llamo para informarte de que todo va como una seda.

—Estupendo. Ahora solo nos falta encontrar el petróleo pronto...

—Será en un par de meses, pero tengo mi dinero puesto en tu instinto. Ahí abajo hay mucho petróleo, y nos dirigimos directamente hacia él.

—Gracias por la confianza, Jimmy. Hasta luego.

Después de colgar, Tess se recostó en la silla. Repasó las cosas buenas que le habían sucedido esa mañana. Kit le había deseado buena suerte. Jimmy la había llamado para darle buenas noticias. Y también estaba la noche.

Nick había aparecido y habían hecho el amor con una intensidad mayor que la noche anterior. Pero de nuevo, cuando se había despertado esa mañana, él se había ido.

Esa noche se convirtió en una rutina que se repitió una y otra vez.

Sin palabras, caían en la cama y hacían el amor hasta acabar exhaustos. Y después, nunca se decían mucho el uno al otro. Ella no le preguntaba cómo iba su trabajo, y él no le preguntaba por la excavación. Pero su tácito acuerdo de concentrarse en hacer el amor y olvidar todo lo demás, iba más allá de sus respectivos trabajos. Cualquier tema personal estaba estrictamente prohibido.

Y así continuaron, días de trabajo, noches de pasión. Durante el día, cuando el pensamiento racional era posible, Tess intentaba ser más objetiva sobre lo que ocurría entre Nick y ella. Pero por la noche, cuando la estrechaba entre sus brazos, se daba cuenta de que estaba tan profundamente enamorada de él, y lo deseaba tan desesperadamente que, cuando se fuese, creía que no sobreviviría.

La noche era clara, con luna llena. Su luz iluminaba la terraza con un brillo plateado que se filtraba en el dormitorio de Tess, dando luz a los dos amantes entrelazados que yacían en la cama, mirándose el uno al otro, recobrándose de hacer el amor agotadoramente. Únicamente las olas del golfo rompiendo en la orilla, junto a su respiración entrecortada, interrumpían el silencio de la noche.

Nick abrazaba a Tess con una posesión que le sorprendía incluso a él. Todavía estaba dentro de ella y no quería salir. No quería romper la conexión, así podía fingir que era suya.

Lentamente, él levantó la mano y le retiró el cabello húmedo de la cara.

—¿Tienes sueño?

—Estoy cansada —respondió ella—, pero todavía no me voy a dormir.

—Trabajas mucho.

Nick sabía que estaba cruzando la línea que ambos habían trazado, pero no había sido intencionado.

—Sí —respondió ella simplemente.

Nick siguió con la mano las suaves curvas de su cintura y sus caderas.

—Me he estado preguntando algo.

Ella se movió, rompiendo la conexión sexual.

—¿Y qué es? —preguntó ella, poniéndose boca arriba y estirándose como una gata.

El deseo se agitó en su interior, pero Nick hizo todo lo posible por ignorarlo, algo que con Tess era casi imposible.

—La noche que nos conocimos, era tu fiesta de cumpleaños.

Ella lo miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Me acuerdo.

—Por algunos comentarios que oí deduzco que es un acontecimiento anual, en el que solo cambia el lugar de la fiesta.

—Cierto. Eso lo hace novedoso y divertido.

—También deduje que tú eres la que organizas la fiesta.

—Aja.

Tess levantó un brazo y lo apoyó en la almohada sobre su cabeza. El movimiento alzó su pecho.

Nick tuvo que hacer un esfuerzo por seguir mirándola a los ojos.

—¿Y por qué organizas tú la fiesta de tu cumpleaños? ¿Qué ocurre con tu familia? ¿O con tus amigos?

Ella frunció el ceño, y no le contestó enseguida. Finalmente habló.

—Supongo que o Kathie o tu abuela te organizan una fiesta el día de tu cumpleaños.

Él sonrió.

—Sí, lo hacen. Desde que era pequeño.

Ella tragó saliva.

—Me gusta organizar mis fiestas. Es la única manera de asegurarme que todo sea como a mí me gusta.

—Así que admites que eres una fanática del control.

Él pretendía que el comentario fuese gracioso, pero ella no sonrió.

—Supongo que sí. ¿Pero a qué vienen tantas preguntas por mis fiestas de cumpleaños?

—Solo me parecía que era extraño que te organizaras tú las fiestas.

—No todo el mundo ha crecido como Kathie y tú, Nick.

—¿Qué quieres decir?

Ella sacudió la cabeza.

—No importa.

—¿Estás diciendo que no tenías Fiesta de cumpleaños cuando eras pequeña?

—La señora que ha trabajado durante años para mi tío me hacía un pastel. Y esto es lo último que diré sobre este tema. Creo que ya tengo sueño.

—Eh —dijo él suavemente—. No pretendía sacar a relucir recuerdos tristes.

—No te preocupes. No lo has hecho.

Pero Nick pensó que sí lo había hecho. Pagaría por conocer toda la historia, pero probablemente nunca la oiría. Una de esas noches, cuando él entrase en su dormitorio, ella le iba a decir que se fuese. Podía ser después de que encontrase petróleo y volviese a su oficina de Dallas. O podía ser antes. Simplemente podía cansarse de él.

Con sus intereses tan diametralmente opuestos, era asombroso hasta que le dejase atravesar la puerta. Pero ella disfrutaba haciendo el amor tanto como él. Se daban placer el uno al otro, aunque la palabra placer era demasiado suave para la pasión que ardía entre ellos noche tras noche.

Pero no se engañaba. Ella pronto dejaría Corpus y volvería a Dallas, mientras que él, si tenía suerte y no le ocurría nada al Águila, pensaba quedarse allí algunos años. Después volvería a Austin y a sus clases.

Si hubiese alguna manera de que ella lo necesitase tanto como él la necesitaba a ella. Pero ella no deseaba nada de lo que él tenía. Además, ella era demasiado independiente. El hecho de que organizase sus fiestas de cumpleaños era muestra de ello.

Sus mundos eran completamente diferentes excepto cuando estaban en la cama. El problema era que eso no podía durar mucho más tiempo.

Capítulo 10

Tess estaba de pie junto a la ventana de su despacho, mirando el golfo, preguntándose lo que estaría haciendo Nick en ese momento. Cada minuto del día se preocupaba por él. Cada noche, cuando acudía junto a ella, tenía que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no rogarle que dejase de sumergirse.

El día anterior había volado a la plataforma, y el helicóptero había sobrevolado el barco de apoyo de Nick. La bandera de los submarinistas estaba izada. Por la noche se había aferrado a él con más fuerza.

Oyó que sonaba el teléfono y volvió a su silla justo cuando Ron la llamaba.

—Es Vega.

Tess descolgó el teléfono.

—Hola, Jimmy. ¿Va todo bien?

—Ahora sí, pero, Tess, hace un momento hemos estado a punto de saltar por los aires.

Tess se puso lívida.

—Oh, Dios mío. ¿Qué ha pasado?

—Perforamos una bolsa de gas inesperadamente y si no hubiese estado observando los aparatos, habría sido un desastre.

—Gracias a Dios que lo controlaste a tiempo.

—Sí.

Ella cerró los ojos.

—Jimmy...

—Lo sé. Créeme, lo sé.

Tess no encontraba las palabras adecuadas, pero con Jimmy no era necesario. El conocía las repercusiones incluso mejor que ella.

Si se hubiese producido un reventón, todas las tuberías y el equipo habría saltado por los aires, originando una catástrofe. Además, el gas habría salido a la superficie ardiendo instantáneamente y provocando una explosión que habría matado a todos en la plataforma.

Y si Nick hubiese estado sumergido, también habría muerto. El Águila y el hubiesen quedado enterrados en el fondo del mar para siempre.

Jimmy siguió hablando, pero Tess solo pensaba en Nick.

Cuando colgó, estaba temblando. Salió a la terraza y miró el punto del horizonte donde sabía que estaba el barco de Nick. Dios, si no hubiese sido por la rápida actuación de Jimmy, Nick podía estar muerto en ese momento.

Empezó a pasearse por la terraza, horrorizada por lo que había estado a punto de ocurrir.

De pronto, dio media vuelta y volvió a su despacho. Sin decir nada a Ron, llamó a Jimmy. Cuando contestó, ella no vaciló.

—Quiero que detengas la excavación, Jimmy. Ahora.

—¿Qué?

—Quiero detenerla durante dos meses.

—¿Tess, estás loca? Hoy hemos tenido un aviso, pero...

—Escúchame, Jimmy. Prepara un plan de trabajo para que tengas una plantilla de mantenimiento trabajando en la plataforma a todas horas, pero rétalos de manera que todos tengan la oportunidad de tomarse unas vacaciones pagadas.

—¿Tess, qué demonios está pasando? Creía que...

—Y creías bien, pero esto es algo que tengo que hacer, y no voy a explicártelo. Dos meses, Jimmy. Después de ese tiempo, volveremos a empezar a toda velocidad. Así que asegúrate de que todo esté listo para entonces.

—Claro. De acuerdo, pero...

Parecía desconcertado, y Tess no podía culparlo.

—Has hecho un gran trabajo hoy, Jimmy. Arregla las cosas para que tú también puedas tomarte unas vacaciones. Mientras tanto, estaré en contacto, y volveré dentro de dos meses sin falta.

Tess colgó y miró el teléfono. Acababa de cortarse el cuello.

—¿Tess?

Levantó la vista. Ron estaba en el umbral de la puerta de su despacho, atónito.

—¿Has oído?

Él asintió con la cabeza.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

Ella le sonrió compungidamente.

—Por desgracia, sí. Haz el equipaje. Quiero salir de aquí dentro de una hora.

—¿Adónde vamos?

—A Dallas, para empezar.

Nick salvó los escalones de la terraza. Había sido un día brutal, y en lo único que podía pensar era en estar con Tess. No podía imaginarse nada mejor que darse un buen baño caliente con ella y hacer el amor lentamente hasta que se enfriase el agua. Sonrió anticipándose.

Las luces estaban apagadas en el dormitorio de Tess, pero eso no era inusual. Tal vez ya estaba en el baño, esperándolo. Pero las puertas francesas estaban cerradas. Eso sí era inusual.

Giró el picaporte, y la puerta se abrió.

—¿Tess? —buscó un interruptor y encendió la luz—. ¿Tess?

Ella no estaba en el dormitorio. Entró en el baño. La bañera estaba vacía. Y también la repisa de mármol donde ella tenía su maquillaje y su perfume. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Miró en su armario y vio que faltaba casi las tres cuartas partes de su vestuario. ¿Le habría surgido un repentino viaje de negocios? ¿Por qué no lo había llamado para decirle a dónde iba?

Entonces lo vio. Había un sobre encima de la almohada. Lo abrió y leyó:

He ordenado que detengan la excavación durante dos meses. Espero que eso te dé el tiempo que necesitas.

Estupefacto, se quedó mirando el papel. Ni siquiera se había molestado en firmarlo.

—¡Guadalupe! —gritó, saliendo furiosamente del dormitorio—. ¡Guadalupe!

—¿Sí, señor? —una aprensiva Guadalupe apareció.

—¿Adónde ha ido la señorita Barón?

—No sé.

—¿No se lo ha dicho a nadie del servicio?

—No, señor.

—¿Y dijo cuándo volvería?

Ella asintió con la cabeza.

—Dentro de dos meses.

Nick soltó una retahíla de palabrotas que hicieron retroceder a Guadalupe. Al ver su reacción, él se detuvo.

—Lo siento, Guadalupe. Discúlpame —Nick dejó escapar un largo y tembloroso suspiro—. ¿Dijo algo que pudiese ayudarme a saber dónde está?

—No.

A pesar de sus disculpas, Guadalupe siguió mirándolo con cautela.

—De acuerdo. Gracias —Guadalupe se dispuso a marcharse—. Espera, por favor. ¿Puedes traerme un papel y un bolígrafo? Quiero darte mi número por si sabes algo de la señorita Barón, lo que sea, y puedas llamarme para contármelo. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y fue a buscar el bolígrafo y el papel.

Ya que la plataforma había dejado de perforar, Nick podía hacer lo que tenía que hacer con la seguridad de que, si algo iba mal, no sería por causas ajenas. Dependía de él que la operación saliese bien. Pero mantener la cabeza en el trabajo era más difícil de lo que había esperado.

Los días eran difíciles, pero las noches eran imposibles. Echaba tanto de menos a Tess que se pasaba todo el tiempo dándose duchas frías que no le hacían absolutamente nada.

Al principio intentó seguirle la pista. Llamó a su oficina de Dallas y habló con Ron. Según él, Tess estaba haciendo un viaje de inspección a todos sus yacimientos. Pero cuando le pidió el itinerario, Ron le informó de que Tess le había pedido expresamente que no se lo diera.

Intentó hablar con sus hermanas, pero ninguna de las dos sabía nada y las cortas conversaciones que mantuvo con ellas lo dejaron frustrado. No

podía creer que el viaje de Tess hubiese sido planeado. ¿Por qué no se lo había dicho si no?

¿Habría hecho algo mal? ¿Habría dicho algo que la hubiese molestado? Buscó en su memoria pero no encontró nada. Recordaba perfectamente la última noche que habían pasado juntos. Como siempre, habían compartido un intenso e inadulterado placer que los había dejado saciados y somnolientos.

Después ella se había dormido en sus brazos, con la paz de un niño. Era la única vez que la había visto realmente relajada. No tenía que pensar mucho para saber que estaba bajo una gran presión de la que nunca hablaba.

Él siempre había entendido que pidiéndole que dejase de perforar le estaba pidiendo que renunciase a una enorme cantidad de dinero. Pero a él no le daba la impresión de que lo hiciese por codicia. Después de conocerla, había llegado a la conclusión de que tenía que haber algo más en el fondo de aquello.

El día que contactó con las hermanas de Tess por la noche, fue a su casa. Guadalupe le dejó entrar.

—Gracias —procuró sonreírle—. No me quedará mucho tiempo.

Ella asintió con la cabeza con porte formal.

—¿Quiere que le traiga algo mientras está aquí?

—No —entonces se apresuró a añadir—: Gracias de todas formas.

Con otro movimiento de cabeza, ella desapareció.

Él entró lentamente en el dormitorio de Tess, se sentó en la cama y miró a su alrededor. Dios, daría lo que fuese porque ella estuviese allí. Físicamente, la deseaba con locura. Pero sorprendentemente, su deseo por ella iba más allá de lo físico. Emocionalmente, solo necesitaba tenerla entre sus brazos sin pensar en el sexo.

La amaba.

Ahí estaba. Finalmente se había permitido admitir lo que su corazón y su alma sabían secretamente hacía mucho tiempo. Estaba enamorado de Tess.

Con toda probabilidad había perdido su corazón en el momento en que puso los ojos en ella. Pero nunca se había permitido admitirlo.

Su relación se había convertido en una rutina. Cada noche él aparecía allí y ella lo recibía con los brazos abiertos. Él sabía que no podía durar. Pero por alguna razón, con ella solo vivía el presente. Vivía para las noches que pasaban juntos.

Hasta que no había desaparecido de su vida, no había afrontado la verdad. ¿Por qué había tardado tanto en darse cuenta? La amaba. Quería pasar el resto de su vida con ella, cada día, cada noche. Tenía que hacerla volver.

Necesitaba comprender por qué había detenido la excavación. La última vez que habían hablado de ello había sido la noche de la tormenta. Ella le había asegurado que no podía detenerla. Sin embargo lo había hecho.

¿Por qué? Se levantó de la cama y empezó a pasearse por la habitación. ¿Habría tomado esa decisión porque estaba enamorada de él? La idea detuvo sus pasos. ¿Pero entonces por qué se había marchado?

No, era imposible que estuviese enamorada de él. Ella no compartiría con él otra cosa que lo físico. Era demasiado independiente. Se había marchado demasiado bruscamente. No, no podía amarlo.

Pero faltaban hechos.

Ella nunca le había dicho la razón por la que no podía detener la excavación. Tenía que haber algo más en juego aparte del dinero.

Rodeó la cama y descolgó el teléfono. Marcó el número de un compañero de estudios que trabajaba de periodista para el *Dallas Morning News*. Sin preámbulos, le pidió un favor.

A la mañana siguiente estaba trabajando en el Águila. Por la razón que fuese, Tess le había concedido dos meses, y no pensaba perder ni un minuto. Además, lo único que sabía con certeza era que volvería en menos de dos meses.

Era agradable estar de vuelta, pensó Tess mientras deshacía las maleta. Volver a Corpus Christi significaba quedarse en un lugar más de tres días. Estaba harta de hoteles y aviones.

Ya se había puesto en contacto con Jimmy Vega y le había dado órdenes de reanudar la excavación a primera hora de la mañana. Aunque no sabía si le había dado a Nick suficiente tiempo para terminar de

apuntalar el barco, le había dado más de lo que le había pedido, y eso era todo lo que podía hacer.

Tendría que pasarse los próximos meses rezando para que encontrasen petróleo. Después de eso no estaba segura de poder cumplir con las condiciones del testamento. Solo sabía una cosa. Rendirse no estaba en sus genes.

—Hola, Tess.

Ella se giró.

—Nick —se quedó pasmada—. ¿Cómo sabías que había vuelto?

—No lo sabía seguro —entró lentamente por las puertas francesas, mirándola fijamente—. Pero estos últimos días ha habido un aumento de actividad en tu plataforma. He venido aquí todas las noches desde entonces.

—Oh.

Tess volvió a su equipaje, intentando no pensar en lo rápido que le palpitaba el corazón. Tomó aire profundamente para tranquilizarse.

Los últimos dos meses había pasado largas noches sin dormir, intentando apartar a Nick de su mente. Había sido inútil. Su cuerpo había suspirado por él y su mente había retenido perfectamente cada momento que había pasado con él. Y lo peor de todo, su corazón había sufrido porque su amor por él nunca sería correspondido.

Y ahí estaba él, delante de ella, vestido a su manera de siempre con sus vaqueros y una camiseta marrón oscuro que resaltaba aún más el vivo color de sus ojos ambarinos, haciéndolos más penetrantes.

—Tus abuelos... ¿están bien?

—Sí.

—¿Cómo está el Águila? ¿Has podido apuntalarlo bien?

—Perfectamente. ¿Por qué te fuiste, Tess?

Sintió las oleadas de la furia de Nick sobre ella. Lo único que podía hacer era mantenerse en guardia. No había pasado un infierno esos dos meses para volver a caer en una vorágine de pasión. Si volvía a aceptarlo como amante, el corazón se le haría pedazos cuando él saliese de su vida finalmente.

Él no la amaba, y pronto se cansaría de ella. Tenía que mantenerse firme y controlar la pasión antes de que empezase.

Sacó un par de vestidos de la maleta y los colgó en el armario.

—Una vez que di la orden de detener la excavación, no había razón para que me quedase aquí. Tomé la decisión de que aprovecharía más el tiempo en otra parte.

—¿Y no pensaste que yo podía estar ligeramente interesado en esa decisión?

Ella lo miró, y enseguida apartó la vista, sacando otro traje de la maleta.

—Pensaba que estarías contento. Tomé la decisión que tú querías. También te dejé la nota, diciéndotelo. Después de eso...

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

Él se puso las manos en las caderas, echando fuego por los ojos.

—De acuerdo, Tess, dejémonos de estupideces. Admito que pensases que aprovecharías más el tiempo en otra parte. Tiene sentido empresarial. Pero maldita sea, Tess... ¿y nosotros qué?

Ella se agachó para sacar un suéter.

—No me gustan las despedidas.

El exhaló el aire largamente, luego se acercó al vestidor donde ella había arrojado una enagua para meterla después en el cajón. La recogió y frotó la tela de seda y encaje entre los dedos.

—De acuerdo —dijo él, sin dejar de tocar la enagua—, intentemos otro camino. Perdí la cuenta de las veces que me dijiste que no. ¿Qué ocurrió para que cambiases de idea?

La vista de él tocando una prenda íntima que había estado en contacto con su piel, la ponía nerviosa. Se acercó a él y se la quitó.

—No sé qué quieres que te diga, Nick. Recuerda que, gracias a ti, conocí a tus abuelos. Me conmovieron —se encogió de hombros, como si su decisión hubiese sido fácil—, y finalmente decidí que era lo correcto.

Asintiendo con la cabeza, él se apoyó en el vestidor y se cruzó de brazos. Tess observó que había algo en él que había cambiado.

—Tengo que decirte algo, Tess. La semana que te fuiste llamé a un amigo que trabaja de periodista de investigación en el *Dallas Morning News*, y le pedí el favor de que intentase averiguar algo de tu familia, de la empresa y... de ti.

La furia se apoderó de ella. Lo que supiese la dejaba totalmente vulnerable frente a él... algo que ella no podía permitirse.

—¿Quién demonios te da derecho a hacer tal cosa? Hice lo que me pediste. ¿Por qué no podías dejarlo así?

—Porque no tenía sentido y necesitaba averiguar lo que había cambiado.

Tess lo apuntó con el dedo, tan furiosa que estaba casi temblando.

—Si hubiese sabido que ibas a invadir mi vida privada, jamás habría detenido la excavación, y tú y el Águila os habríais ido al infierno —volvió a apuntar con el dedo, esa vez a la puerta de la terraza—. Vete.

Él sacudió la cabeza.

—Me iré, pero todavía no. Antes quiero decirte lo que averigüé, porque todavía hay algo que no entiendo.

—¿Y crees que me importa? —Tess apretó los puños a los costados—. Dios, Nick. Conseguiste que detuviese la excavación. Incluso me tuviste a mí un tiempo. ¿No era suficiente para ti?

Él hizo un gesto apaciguador con la mano, y de nuevo Tess captó algo diferente en él.

—Averigüé que cuando ordenaste detener la excavación, hiciste un sacrificio mayor del que yo podía imaginar. De hecho, me quedé estupefacto.

Había descubierto lo de la cláusula del testamento. Después de eso no había que ser muy listo para adivinar por qué había dado la orden. Tess esperó lo que él diría a continuación, temiendo oír lástima en su voz.

Pero en vez de decir nada, Nick se metió las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros y se puso a mirar por la ventana, luego a ella, con el ceño fruncido.

Entonces fue cuando ella se dio cuenta de lo que había cambiado en él. Estaba inseguro respecto a algo. Nunca lo había visto vacilar ante nada. Siempre se había mostrado completamente seguro de sí mismo.

Nick se miró los pies, luego a ella.

—¿Por qué, Tess? ¿Por qué hiciste ese enorme sacrificio por mí? —gesticuló con la mano, y a ella le pareció que estaba temblando—. Por haber tomado esa decisión, es casi seguro que perderás tu parte de la

empresa. Necesitabas el tiempo que me diste. Dios, Tess. ¿Por qué no me lo dijiste? Si lo hubiese sabido...

Doblándosele las piernas, Tess se sentó en la cama. Si él se hubiese imaginado que ella lo amaba, su decisión tendría sentido para él. Si todavía no lo entendía, significaba que todavía tenía una oportunidad de guardarse sus sentimientos.

—Lo creas o no, Nick, tengo corazón —dijo ella en un tono de naturalidad—. El día que tomé la decisión, estuvimos a punto de saltar por los aires en la plataforma. Decidí que no quería cargar con la muerte de nadie sobre mi conciencia. Ni la de tus hombres, ni la de los míos, ni la tuya. Así que detuve todas las operaciones para que pudiese llevarse a cabo una revisión completa de mantenimiento.

Él dejó caer los hombros, y se dirigió lentamente hacia la cama, arrodillándose delante de ella.

—Cuando te marchaste sin despedirte, casi me vuelvo loco —Nick le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de Tess—. Cuando me tranquilicé, me di cuenta de que no me quedaba más remedio que esperar a que volvieras —él estudió su rostro—. Entonces empecé a pensar.

Tess contuvo el aliento. No tenía ni idea de a donde quería llegar Nick, pero podía oír la incertidumbre en su voz.

—Fue cuando me di cuenta —continuó él—, de que te habías convertido en algo vital para mí. Y comprendí algo que debería haber sabido desde el principio. Comprendí que te amo, Tess.

Ella se quedó atónita. Era lo último que esperaba oírle decir. Sus miedos habían sido infundados. Él era el que estaba dejando el orgullo a un lado y desnudando su corazón, sin tener la seguridad de que su amor fuese correspondido.

No había adivinado que ella lo amaba. ¿Pero cómo iba a hacerlo? Ella se había marchado sin mirar atrás. Ni siquiera había tenido la gentileza de llamarlo. Le había dicho a Ron que no le diese su itinerario. Tess entendió su incertidumbre.

Sí, ella le había dado su parte de la compañía, pero él le había dado su orgullo. Era un intercambio equitativo.

—¿Tess?

Lágrimas de felicidad aparecieron espontáneamente en los ojos de Tess. Sonrió temblorosamente y le apretó la mano a Nick.

—No sé cómo decirte lo feliz que me acabas de hacer, Nick. Estoy emocionada —pestañeó para contener las lágrimas—. Te amo más de lo que puedo expresarte.

—Tú... —él sacudió lentamente la cabeza, con expresión de asombro—. No estás diciendo eso por decir, ¿verdad? Porque si estás...

—No diría algo así si no fuera verdad —Tess retiró la mano de la de él y le enmarcó la cara con ternura—. Nick, detuve la excavación porque no podía soportar la idea de ponerte en más peligro del que ya te ponías tú. Y me fui porque temía que me quedaría tan destrozada cuando te marchases que nunca me recuperaría.

Con expresión solemne, él cerró los dedos sobre las muñecas de Tess y le bajó las manos, sin soltárselas.

—Dios, Tess. Te amo. Nunca te dejaré. Jamás. Por favor, créelo.

Ella asintió con la cabeza, con los ojos de nuevo inundados de lágrimas de felicidad.

—Te creo.

Él se rió, y sus ojos brillaron también con lágrimas.

—Me amas. No puedo creerlo. Pero... —Nick sacudió la cabeza y las lágrimas desaparecieron—. Tess, el sacrificio que has hecho. Probablemente pierdas tu parte de Barón Internacional.

—Podría ser así, pero no voy a rendirme todavía. He tenido tiempo para pensar en eso, y tengo un plan. No sé si funcionará o no, pero...

—¿De qué se trata? Te ayudaré. Haré cualquier cosa que quieras.

Ella se rió.

—Entonces hazme el amor, aquí y ahora.

—Pero tu plan... quiero ayudarte.

—Te lo contaré más tarde. Ahora te necesito más de lo que puedo expresar

Nick se incorporó, y con un brazo retiró todo lo que había encima de la cama. La maleta cayó al suelo con la ropa que quedaba, pero ninguno de los dos se dio cuenta. Ella extendió los brazos y Nick se echó en la cama junto a ella.

Tess se quitó los zapatos con los pies, pensando que por fin sabía lo que era la verdadera felicidad. Se sentía llena de júbilo y, al mismo tiempo, completamente en paz.

—Espero que te des cuenta de que ahora que sé que me amas, no voy a dejar que te alejes de mí —dijo Nick con la voz ronca, mientras trazaba tiernamente las líneas de la cara y la mandíbula de Tess—. Quiero casarme contigo, tener hijos contigo y vivir el resto de mi vida contigo. Quiero envejecer contigo.

—Seremos una familia —dijo ella con cierta euforia.

Algún día le contaría a Nick lo importante que eso era para ella. Deslizó las manos por debajo de su camiseta para sentir la cálida tersura de su espalda, y la alegría invadió su voz.

—Y pasaremos los veranos en la casa de tus abuelos para que nuestros hijos puedan correr en libertad y descubrir su propio tesoro. E iniciaremos nuestra pared de fotografías, y continuaremos la tradición de plantar los lirios de tu bisabuela, montones de ellos que pasaremos a nuestros hijos.

Los ojos de Nick brillaban tanto como el sol.

—Por cierto, aunque no lo hayas dicho, te casarás conmigo.

Ella se rió, porque había sido una afirmación, no una pregunta. Había recuperado la confianza en sí mismo.

—Sí, Nick —susurró ella, inclinando la cabeza para besarlo—. Me casaré contigo.

Epílogo

Siete meses después.

En el despacho de su tío del Rancho Doble B, Tess se puso de pie y le entregó un cheque a uno de los abogados de Barón Internacional.

—Aquí está... cada penique requerido por el testamento de mi padre, y cuatro días antes, añadiría.

El tío William sonreía ampliamente detrás de su mesa.

—Felicidades, Tess. Sabía que lo harías.

Ella se rió.

—Entonces sabías más que yo.

Miró a Nick, que estaba sentado a su izquierda en una de las grandes butacas situadas frente a la mesa de su tío. El orgullo que brillaba en sus ojos de ámbar y la sólida certeza de que la amaba le daban una sensación de seguridad que no había sentido nunca.

El resto de su familia también estaba allí. Des estaba sentado a su derecha. Jill al otro lado de él, y Kit se movía inquietamente por detrás de la mesa.

Para su satisfacción, Des se levantó y le dio un ligero abrazo.

—Déjame sumarme a la felicitación de mi padre, Tess.

—Gracias.

Jill miró mordazmente a Nick.

—Me alegro por ti, Tess, pero es una pena que te pusiesen en una situación que te ha hecho renunciar a millones de dólares.

—Deja de mirar así a Nick —dijo Tess tranquilamente—. Si alguien tiene la culpa es nuestro padre por crear esa estúpida cláusula. Además, al final tengo justo lo que es más importante para mí... mi parte de la compañía y a Nick.

Kit dejó de pasearse, ladeó una cadera y miró ceñudamente a Nick, luego a Tess.

—De todas formas, has renunciado a mucho dinero. Y tuviste suerte

de que el marido de Becca trabajase en una de las compañías petroleras más grandes del mundo, dispuesta a hacer un trato. Podías haberlo perdido todo.

—Fue más que suerte —dijo Des en un ligero tono de reprimenda—. Cualquiera de las grandes compañías del petróleo se habría abalanzado ante la oferta.

Kit miró furiosamente a Des, así que Tess intentó distraerla.

—Resulta que Mel y su compañía han creído más en mí y en mi capacidad que mi propio padre, confiando en que el pozo extraerá suficiente petróleo durante años como para que merezca la pena el dinero que me han pagado.

Des apoyó la mano en el hombro de Tess.

—Has hecho un buen trato. No solo te han pagado por adelantado el dinero que necesitabas, sino que también te pagarán un porcentaje de futuros derechos una vez que recuperen el adelanto.

—Supongo que el trato es tan bueno como cabía esperar —dijo Jill, mirando furiosamente a Des y a su mano sobre el hombro de Tess—. Pero ha tenido que ceder los derechos de algo que había obtenido por su instinto y por trabajar duro.

Tess sonrió a su hermana.

—¿Eh, por casualidad eso es un cumplido?

Jill frunció el ceño.

—Sabes que es verdad, Tess. Tú eres como Kit y yo. Nunca dejamos nada que hayamos desarrollado. Eso nos enseñó nuestro padre. Pero a causa de tu pérdida de tiempo, no sacarás ni la mínima parte del dinero que habrías sacado si te hubieses quedado con el pozo.

—Tiene razón —dijo Kit—. ¿Has calculado el dinero que vas a perder?

—Sí. Pero también he calculado lo que gano. Ahora tengo lo que debería haber sido mío desde el principio. Y además, tengo algo que es mucho más valioso para mí.

Le dio la mano a Nick, y él se puso de pie.

—Nos gustaría invitaros a nuestra boda dentro de dos semanas. Será una ceremonia sencilla, solo para la familia, en la pequeña iglesia de Uvalde donde se casaron los abuelos, los padres y la hermana de Nick.

Después daremos una gran fiesta para todos nuestros amigos, y para algunos vecinos de la ciudad.

—La fiesta será en la finca de mis abuelos —dijo Nick, hablando por primera vez—. Ya lo hemos arreglado para que instalen una carpa gigante y no tengamos que preocuparnos por el tiempo.

—Y vamos a contratar a una fantástica banda —continuó Tess—. También habrá montones de comida estupenda y bebidas.

—Y en medio de la carpa —dijo Nick—, habrá un impresionante montón de oro con un cartel debajo diciendo que todavía hay mucho más.

Tess deslizó el brazo por la cintura de Nick, y él la rodeó por los hombros.

—Y lo mejor de todo es que los abuelos de Nick podrán asistir. Y tú también, tío William

Él asintió con la cabeza.

—Allí estaré, aunque tenga que llevar a mi médico. Puedes contar conmigo, cariño.

—Bien, porque creo que te gustará conocer a los abuelos de Nick. Creo que su abuelo y tú tenéis mucho en común. Y él también necesitará atenciones médicas.

—Estoy deseando conocerlo.

Des sonrió a Tess y a Nick.

—Parece que será un maravilloso acontecimiento. No me lo perderé. —Yo también iré —dijo Jill rápidamente en cuanto oyó que Des iba a ir.

Con una mirada de irritación a Jill, Kit cambió de postura.

—Supongo que yo también iré.

—Eso es estupendo —dijo Tess alegremente—, porque quiero que seáis mis damas de honor.

—¿Perdona? —preguntó Jill, claramente asombrada.

—Sois mis hermanas, y quiero que estéis a mi lado el día más feliz de mi vida.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Kit.

—Para nada. ¿Lo haréis?

Jill parecía claramente escandalizada.

—No...no lo sé.

—Oh, seguro que lo harás —dijo Des, sonriéndole—. Estoy seguro de que no querrás desilusionar a tu hermana, ¿verdad?

—Esto... no. Supongo que no.

La expresión de Kit era recelosa.

—No pienses ni por un segundo que voy a llevar uno de esos estúpidos vestidos llenos de volantes.

Tess se rio.

—Nunca te haría eso. Iremos juntas de compras, y podrás elegir lo que te guste.

—¿Juntas de compras?

Kit miró a Jill, que todavía parecía escandalizada.

—De hecho nos llevaremos a Jill con nosotras —dijo Tess, disfrutando de lo lindo—. Jill tiene un gusto excelente. Compraremos nuestros vestidos a la vez.

—No me perdería esto por nada del mundo —murmuró Des.

El tío William le tendió la mano a Nick.

—Felicidades, joven. Te llevas a una chica estupenda.

Nick le estrechó la mano.

—Gracias, señor —entonces miró a Tess con expresión de amor y ternura en los ojos; el sol que entraba por la ventana parecía concentrarse en él y, por estar en sus brazos, en ella también—. Toda mi vida he estado buscando un tesoro, y por fin lo he encontrado

Fin.